

MENENDEZ PIDAL Y LA RENOVACION DE LA HISTORIOGRAFIA.

Al celebrar los noventa años de nuestro gran historiador don Ramón Menéndez Pidal, tal vez lo más sorprendente y admirable que en su obra podamos señalar sea que ésta es hoy más actual que nunca. No está ante nosotros esa obra como un monumento acabado y en lejanía, sino que se teje con nuestro presente intelectual y científico, de manera tal que hoy en España trabajar sobre determinadas áreas de la Historia, y aún de otras ciencias afines, supone, precisamente si se quiere contar con la actualidad, hacerse cuestión de la obra de Menéndez Pidal, tal como sigue desenvolviéndose día tras día, con una continuidad de objetivos, de métodos y de realizaciones que tal vez no tenga igual.

Resulta que esa obra, cuyos frutos maduros se iniciaron hace ya cerca de setenta años con *La leyenda de los Infantes de Lara*, es cada día más citada por investigadores de nuevos campos, en los cuales se extiende, constantemente en progresión, el interés por los trabajos y las teorías de Menéndez Pidal. Hace todavía treinta años su nombre aparecía en general a la gente como el de un gran sabio filólogo, ejemplar justamente en su especialidad, difícil de abordar, inaccesible casi para los que no entraban en aquélla. Sin embargo, no sólo el historiador y el lingüista, sino también el jurista, el político, el sociólogo, el filósofo, le estudian hoy. De ese modo su nombre y sus libros aparecen citados cada vez más y en campos más amplios de la actividad científica. Ello no depende de que el crecimiento extensivo de la producción científica de tan ilustre maestro haya traído como consecuencia su aproximación a esos otros campos de actividad intelectual. Su repercusión e influencia se deben a internas condiciones de la obra; esto es, de un lado a la concepción de la ciencia, y más específicamente, de la ciencia histórica que en aquélla se manifiesta, y

de otro lado, a las rigurosas y eficaces aplicaciones de esa concepción, las cuales ofrecen un interés muy actual.

Un hecho que merece la pena ser observado es el de que precisamente el nombre de quien entre nosotros aparecía como ejemplar máximo del sabio especialista y alejado se haya convertido en un escritor de gran público sin más que dejar pasar algún tiempo. Esos libros y trabajos de Menéndez Pidal que tan ampliamente se están difundiendo en estos años son los mismos que empezaron publicándose en ediciones muy especializadas. Ya poco después de 1930, en una colección de libros de ensayos apareció un volumen de Menéndez Pidal sobre *El Romancero, teorías e investigaciones*. El volumen fué leído por un público muy amplio. Sin embargo, los escritos en él reunidos no eran ensayos ni escritos fáciles. ¿Qué es lo que a un público indiferenciado pudo interesar en un libro que si era de Historia, nada tenía que ver con la Historia que se daba en el mercado editorial común? Pero, es más, de veinte años a esta parte Menéndez Pidal se ha convertido en el autor más abundantemente representado, y aun más reeditado, en una colección popular muy difundida: figuran en ella dieciocho títulos suyos de Historia, de Historia literaria, de Historia de la lengua, de Historia de ideas, etc.; esto es, de una serie de materias reunidas bajo la rúbrica general de la Historia. Cabe entonces suponer que los miles y miles de lectores de esos títulos buscan hoy lo que desde hace años buscaban y hallaban en la obra de Menéndez Pidal los especialistas, cualquiera que sea el matiz que los diferencie. Sencillamente esto: una nueva concepción de la Historia, la cual transforma profundamente la visión de los temas históricos que al presente interesan.

I. TEORÍA DE LA CIENCIA HISTÓRICA

No cabe duda de que en los últimos decenios ha tenido lugar en España una renovación profunda de la Historiografía. En primer lugar por la utilización de nuevos y más depurados materiales; en segundo lugar, por la adopción de nuevos puntos de vista. Esto último es lo importante y lo decisivo para el desenvolvimiento de la escuela histórica española. Y en uno y otro aspecto, esa renovación deriva de la obra y la enseñanza de Menéndez Pidal, aunque sobre todo la influencia a él imputable haya sido la de la

renovación de los puntos de vista y de los problemas. Unos materiales más o menos no cambian nada; a lo sumo, algún dato parcial. Lo que transforma un panorama científico es disponer de nuevos problemas, de nuevas ideas, de nuevos puntos de vista, de nuevas hipótesis interpretativas que ensanchen el horizonte y permitan dar entrada en la visión a zonas hasta entonces no contempladas (1). Los materiales nuevos y también tantos otros aspectos que en documentos ya conocidos no han sido vistos, sólo se hacen visibles, sólo adquieren relevancia desde nuevos supuestos teóricos.

La influencia de Menéndez Pidal en el aspecto básico de la renovación de nuestra historiografía es, a nuestro parecer, la de máxima importancia. Un libro de Historia, en España, y más si es sobre Historia de España, se diferencia de otros cuando resulta posterior a la difusión de la obra pidaliana, y esto aunque la influencia suya no aparezca inmediata, porque esa influencia está ya en el ambiente. La diferencia entre unos libros y otros a ese respecto está tanto en lo que se entiende por Historia como en los problemas e interpretaciones que se formulan en relación con el pasado español. Relativamente a esto último, el nombre de Menéndez Pidal adquiere el valor de rotular una nueva etapa en el desarrollo de nuestra concepción histórica nacional, cuya línea, arrancando de San Isidoro, sigue con Jiménez de Rada y Alfonso X, con el P. Mariana, con Cánovas y termina con Menéndez Pidal.

Al cambio en la manera de entender la Historia se liga el cambio en la manera de hacer Historia de España que él ha traído, y también el cambio que en relación a esta última se ha producido entre los investigadores y científicos extranjeros. A Menéndez Pidal se debe que los estudios sobre materia tan decisivamente histórica como la de nuestra épica tomen un aspecto

(1) «El descuido en archivar memorias fué grande», y «promover ese nuevo escogimiento de memorias históricas es un primer paso fácil de dar», comenta en relación a la *Historiografía española* M. PIDAL; mas lo que importa es trabajar «descubriendo y trayendo a luz aquellas zonas de la vida pretérita que están olvidadas por no caer bajo el ángulo visual de los intereses historiográficos, despiertos en otros tiempos y por otros autores; zonas cuya iluminación proyecta reflejos del pasado sobre el presente». Ver prólogo al vol. I del tomo I de la *Historia de España* dirigida por él mismo; pág. CIII.

universal y en sus problemas se ocupen ahora franceses, alemanes, italianos, americanos del norte, etc., etc., aplicando categorías y puntos de vista sacados del estudio de la épica española y propuestos muy tempranamente por aquél (2). Dámaso Alonso, con su autoridad en la materia, reconoce que a Menéndez Pidal «le estaba reservado el derribar la barrera que nos aislaba de los métodos científicos conquistados en el último tercio del siglo XIX. Así, sólo un positivo y exacto método histórico y filológico es lo que hace posible su primera gran obra». Pero algo más adelante, Dámaso Alonso añade unas palabras que tienen para nosotros especial interés: «Cuando un trabajador emplea estos métodos a lo largo de los años, forzosamente el terreno se le va cuajando de tal modo que ha de llegar a la formulación de teorías generales que expliquen como sistema el vasto panorama descubierto» (3). Mas si tratamos de desarrollar lo que Dámaso Alonso expresa bajo la metáfora del terreno que cuaja, hallaremos que lo que eso significa es que en Menéndez Pidal se daban desde el comienzo dos métodos: un *método de investigación* que le permite descubrir y depurar nuevos datos, y un *método de construcción* que hace posible la elaboración inteligible y teórica de estos datos. Ambos están presentes desde el comienzo en su obra: no hay manera de investigar datos si no se sabe previamente para qué son dados; no hay manera de construir si no se tienen materiales. Lo que acontece es que, naturalmente, en los comienzos la labor de acopio y depuración de materiales predomina. Pero como en la ciencia española yo me atrevería a decir que de lo que ha sufrido siempre ha sido de raquitismo teórico —y raquítica es también la teoría que no se apoya en el suelo fecundo de los datos—, resulta que lo que de verdaderamente extraordinario había desde el primer momento en la obra de Menéndez Pidal, frente al enteco positivismo —o, mejor, pseudopositivismo de entonces y de después—, era precisamente la teoría. (Piénsese en la diferencia a este respecto entre el erudito Menéndez Pelayo y el

(2) Ver «Problemas de la poesía épica», conferencia de 1951, recogida en el vol. *Los godos y la epopeya española*, col. Austral, Madrid, páginas 59-87.

(3) Las citas corresponden a las págs. 11 y 23 del estudio de DÁMASO ALONSO, «Menéndez Pidal y su obra», inserto en cabeza del folleto que contiene la conferencia de éste, *Los Reyes Católicos según Maquiavelo y Castiglione*, en publicaciones de la Universidad de Madrid, 1952.

científico Menéndez Pidal.) Con el tiempo, ese método de construcción que es el que define la ciencia, ha tomado la primacía en la obra de nuestro gran historiador, y el enriquecimiento teórico de la misma ha hecho cambiar la faz de la Historia que él nos ha dado. Tal es la causa de que desde esa obra haya podido irradiar luz a campos tan extensos y diferentes y de que hoy su influencia aparezca por todas partes. Todo el que en nuestro tiempo trabaja en Historia ha de contar con la obra de Menéndez Pidal. En primer lugar porque es seguro que tendrá que manejar textos estudiados y publicados por él —en relación con los cuales hay que observar no sólo el rigor de sus ediciones, sino el carácter *importante* de tales textos, ya que la «importancia» en Historia es una categoría fundamental, cosa que se olvida por tantos que se ocupan en reeditar lo que no tiene valor alguno. Pero lo interesante es que hoy todo aquel que hace Historia, en cualquier campo que sea, tiene que manejar categorías acuñadas por Menéndez Pidal —«tradicionalidad», «arcaísmo», «anonimia», etc.— y tiene que enfrentarse con interpretaciones suyas sobre el mozarabismo, sobre la idea imperial leonesa, sobre la comedia española, etc. Y esto es lo que fundamentalmente cuenta y lo que confiere a la obra de Menéndez Pidal su gran fuerza expansiva.

En sus grandes controversias con tantos científicos —pocos han tenido más ímpetu polémico que este sabio tan sereno— no han sido los temas discutidos la falsedad o autenticidad de un documento, la exactitud o error en una fecha, la precisión de un rasgo biográfico, etc. Las grandes polémicas por Menéndez Pidal sostenidas han versado sobre temas teóricos, sobre categorías e interpretaciones. Lo que llena su obra es la disputa sobre «individualismo» y «tradicionalismo», sostenida con Bedier y otros; lo que le preocupa es no dejar pasar sin réplica el confuso concepto de «tópico» y el impreciso uso que de él hace un Curtius (4). Sus trabajos son siempre una ordenación y articulación de datos, pero en cuanto éstos son base para desarrollar interpretaciones de los te-

(4) Ver «Fórmulas épicas en el Poema del Cid», en *Romance Philology*, VII, 1954; reproducido en el vol. *Los godos y la epopeya española*, págs. 241 y ss. En *La España del Cid* discute el concepto de Edad Media y sostiene que no distinguir fases en ella «es confundir especies de hombres muy dispares», vol. I, pág. 63, ed. de Madrid, 1929.

mas estudiados, esto es, de las concepciones políticas del Cid y de Alfonso VI, las doctrinas del P. Las Casas, la innovación teatral de Lope, el valor «nacional» de las crónicas, etc., etc.

La obra de Menéndez Pidal nos pone de manifiesto el esquema completo de la ciencia: a) Un sistema de categorías aplicables a la realidad; b) Un conjunto de materiales en los que ésta se nos ofrece; c) Una articulación lógica de interpretaciones con las que damos cuenta racionalmente de esa realidad. Del científico que de esta manera opera, su obra cuaja en conceptos y en leyes. Pocas veces se ha hablado de esto en relación con la obra de Menéndez Pidal y, sin embargo, es uno de sus aspectos más valiosos. En principio, esas categorías con que él construye sus interpretaciones —por ejemplo, la de «estado latente»— tienen un valor epistemológico de leyes. Pero hay leyes expresamente formuladas como tales en sus obras. Recordemos la ley histórico-social de transmisión de las innovaciones y variantes, que tiene un interés sociológico grande (5). La ley de las ultracorrecciones —enunciada en obra de la primera fase, como es *Orígenes del español*— nos permite entender ciertos movimientos sociales de imitación al formularnos que una *ultracorrección* del lenguaje —fenómeno de pseudoimitación— se produce cuando los que se sirven de una lengua en un medio de escasa o incipiente cultura se mueven bajo la presencia de una norma lingüística más prestigiosa que la propia (6).

Expresamente Menéndez Pidal se levanta contra la negación de las leyes fonéticas por la moderna dialectología. Es cierto, dice, que cada sonido se produce en una palabra que tiene su historia especial y, por tanto, aquél tiene en cada caso un desenvolvimiento diferente. Cada palabra tiene su propia historia fonética. Pero, además, cada sonido tiene su evolución que se produce con cierta autonomía a través del tiempo, como una verdadera ley que sigue su desarrollo. Por ejemplo, todas esas palabras que cambian *ai* en *e* —tales como de *carreira* en *carrera*, de *vaica* en *vega*, de *mairino* a *merino*, etc.— van a parar con el tiempo a una solución común porque están sometidas a una tendencia general. De este modo, «cada sonido de una lengua es un

(5) *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas*. Madrid, segunda edición, 1957; pág. 365.

(6) *Orígenes del español*. Cito por la ed. de 1929; ver págs. 550 y ss.

elemento constructivo de que dispone el idioma, y como tal tiene una existencia ideal propia» —esto es, una existencia que puede formularse en una ley—. Entonces nos encontramos que, como resulta con el concepto de *caso* relativamente al de *ley*, «cada palabra es un nuevo episodio en la historia general de cada uno de los elementos fónicos que la integran». El desarrollo de cada sonido respondió a tendencias que se traducen «en normas generales, en leyes fonéticas regulares» —si bien la constitución de las mismas sólo se alcanza en lapsos de tiempo muy prolongados—. Claro que esas leyes se dan en situaciones que tienen un valor singular. Por ejemplo, la ley que lleva a la pérdida de *f* inicial o su sustitución por *h* responde en Castilla a un sentido de gusto por el carácter familiar, llano, desafectado, del lenguaje; en cambio, al pasar el fenómeno a las áreas leonesa y aragonesa, responde a un propósito de «expresión selecta y refinada», por imitación del habla de Castilla. En consecuencia, la innovación en Castilla procede de una tendencia de estimación de lo popular, frente a la lengua culta; en León tiene un origen culto y se toma de fuera por afán de selección, frente a la lengua popular.

Ante el ingente desarrollo de la obra científica pidaliana, hoy nos es fácil advertir que su lección principal es la que tan tempranamente escuchó de ella Ortega: «Ciencia no es erudición, sino teoría» (7). Preguntémonos, por ejemplo, algo como esto: ¿Qué es lo que añade al estudio de los juglares por Milá y Fontanals o Menéndez Pelayo, por Gauthier o Faral, por Bertoni y otros, la obra de Menéndez Pidal? Sencillamente, una interpretación. Toda una interpretación que nos hace comprender no tan sólo una cuestión de Historia literaria, sino formas de vida social y humana de la Edad Media europea; esto es, una interpretación que, desde el ángulo visual de la Historia literaria en este caso, nos hace comprender la Historia como conocimiento científico del pasado humano.

De sus profundos trabajos, tan sistemáticamente desenvueltos, sobre la lengua, la épica, la canción breve, el romancero, ¿cuál ha sido su más valioso resultado? Nos lo dice un eminente hombre de ciencia en estas materias, el profesor Lapesa: «de ese estudio ha extraído una teoría cada vez más amplia y elaborada, so-

(7) *Obras completas*, vol. III, pág. 516.

bre lo que es la tradicionalidad en el lenguaje y en la literatura» (8).

Y no cabe duda de que, por ejemplo, en su magno estudio sobre los juglares y los orígenes de las culturas románicas, como en cualquier otro que se escoja, hay un inmenso acopio de datos y la cosecha de éstos es tan espléndida, se nos muestran tan claramente perfilados y son tan hermosos en su género, que a veces quisiéramos detenerlos en la memoria. Pero esos datos no estarían ahí, no habrían sido encontrados, ni aun buscados, y aunque nos tropezáramos con ellos no nos dirían nada, sin que sobre ellos no pusiera el autor de la obra algo que es el instrumento reconocido y estudiado por toda la ciencia de hoy; algo que, contra tanto miope pseudopositivista, Menéndez Pidal no tiene inconveniente en llamar con la palabra que usan todos los que en cualquier campo de la naturaleza o de la sociedad o del hombre trabajan científicamente: *hipótesis* (9). Por eso él afirma que «alguna hipótesis es siempre necesaria, pues sin ella no podríamos salir de un atontado agnosticismo» (10) —frase en la que sobre todo llama la atención la enérgica repulsa de la actitud contraria. Es ésa una idea bien asentada en el pensamiento de Menéndez Pidal: es el eje de su concepción y de su obra efectiva. Y ese su pensamiento tiene un interesante parentesco con toda la teoría de la ciencia en nuestros días, tal como ha sido formulada por Einstein, Schrödinger, De Broglie: «lo hipotético, sostiene Menéndez Pidal, es siempre necesario en todo trabajo bien fundado, y es de asombrosa ingenuidad la ilusión que la crítica positivista se hace sobre prescindir de toda hipótesis». Apoyado en esa afirmación, imputa a Bédier que por pretender ciegamente que su trabajo excluyera toda formulación hipotética, su obra se quedó en mera hipótesis. Mas lo realmente interesante es que al objetar en estos términos a Bédier, le acusa de recaer en «la vana pretensión de Newton» (11). Esta que Menéndez Pidal llama «vana pretensión» no es otra que la afirmación newtoniana tan conocida «hipótesis non fingo» ¡Cuántas veces, en el pensamiento científico de nues-

(8) *Bol. de la R. A. E.*, XXXIX, CLVI, enero-abril 1939; pág. 21.

(9) *Ver mi Teoría del saber histórico*. Madrid, 1958.

(10) «Cantos románicos andalusíes», en el vol. *España, eslabón entre la Cristiandad y el Islam*. Madrid, 1956; pág. 63.

(11) *Reliquias de la poesía épica española*. Madrid, 1951; págs. XIII y XIV.

tros días, en las obras de los grandes físicos actuales, se hace referencia a esa misma frase de Newton para hacer comprender lo que la ciencia se creyó ser y no puede ser¹, interesante consideración de Menéndez Pidal con un pensamiento tan de hoy.

En la ciencia, cualquiera que sea su órbita, con tal que se trate de una ciencia de hechos, no tratamos de alcanzar criterios absolutos de verdad, sino de ensayar interpretaciones que nos den razón de los hechos observados. Menéndez Pidal nos enuncia lo que es el modo de operar de la ciencia, en un párrafo que parece tomado —y la coincidencia es de muy relevante interés— de una página del matemático H. Poincaré, el científico en quien se encuentra el arranque de este tipo de pensamiento actualísimo. Dice Menéndez Pidal: «lo que únicamente habrá que decidir será cuál de las dos hipótesis, la individualista o la tradicionalista, es más razonable y necesaria, cuál es más explicativa de los hechos conocidos, cuál puede darnos mejor cuenta del aparecer en Francia y en España repentinamente, en los siglos XI y XII, las obras maestras de un género literario antes no manifiesto, que suponen un largo cultivo anterior de ese género» (12). Sirviéndose del tema en especial de los orígenes de la épica occidental, nos perfila en esas palabras Menéndez Pidal la actitud del historiador, coincidente con la del que cultiva hoy otras ramas de la ciencia.

II. EL PUNTO DE VISTA DE LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO

Si se considera que hacer Historia es pensar sobre el significado de los hechos y comprobar hipótesis interpretativas de los mismos, se cae en la cuenta fácilmente de que es un elemento necesario de la misma aquéllo que pensaron sobre el significado de tales hechos sus mismos autores y otras gentes coetáneas. Con ello aparece como un aspecto esencial de la Historia, la Historia del pensamiento, a la cual corresponde una gran parte en el incremento bibliográfico y metodológico de la Historiografía al presente. Tal vez de lo que más se escribe hoy, dentro de la Historia, es de Historia del pensamiento. Muchos e importantes historiadores de nuestros días es en esa historia en la que trabajan y hacia ella se orientan interesantes tareas colectivas.

(12) *Reliquias de la poesía épica española*, pág. XIV.

En la renovación de la Historiografía y en la correlativa transformación del panorama histórico español que la obra de Menéndez Pidal ha motivado tiene un papel decisivo la Historia del pensamiento. En los primeros decenios de su labor era difícil de estimar así, aunque vemos hoy que estaban dadas las bases para ello. Pero ahora es fácil observar cómo la dirección historiográfica seguida por Menéndez Pidal, de acuerdo con la marcha de la ciencia histórica europea, se orienta francamente hacia objetos de Historia del pensamiento.

La Historia del pensamiento no es un añadido ornamental en una exposición histórica, ni es propiamente una rama historiográfica más, aunque tenga un punto de vista que le es propio y una cierta organización autónoma de sus problemas. La Historia del pensamiento es una manera de contemplar el objeto total de la Historia: trata de ver el acontecer humano, pero tal como se refleja en la mente de los mismos que en él se hallan implicados. Si es exagerada la afirmación de Collingwood, «no hay más historia que la Historia del pensamiento», sí cabe legítimamente afirmar que toda Historia en el fondo es Historia del pensamiento (13). Y a eso que en toda Historia es, quierase o no, Historia del pensamiento, es a lo que cada vez más decididamente se ha ido orientando la obra de Menéndez Pidal (14).

De esto que acabamos de decir, su último libro nos da un ejemplo de valor insuperable. En tal medida cuenta el punto de vista de la Historia del pensamiento en su manera de resolver los problemas planteados por la *Chanson de Roland*, que en su crítica de la consabida interpretación individualista a lo Bédier de tales problemas, se basa en la tesis de que el ideario del *Roland* no corresponde al siglo XI, sino a finales del VIII, es a saber, al pensamiento de una guerra religiosa tal como se daba en la época de Carlomagno, tal como fué formulada por Alcuino y Teodulfo.

(13) Puede verse un desarrollo de estos temas en mi estudio «La Historia del pensamiento político, la Ciencia política y la Historia», en la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, núm. 84.

(14) Llevado también de la moderna orientación hacia la Historia del pensamiento, SÁNCHEZ ALBORNOZ sostiene que el historiador pretende «penetrar en la entraña de los hechos... para descubrir los pensamientos y las pasiones que han ido forjando la Historia». Ver *España, un enigma histórico*. Buenos Aires, 1956; vol. I, pág. 24.

muy diferente de la idea de cruzada del siglo XI, que Bédier creía descubrir en la *Chanson* (15).

Siempre y cada día más, Menéndez Pidal ha puesto su atención, para interpretar los hechos históricos, en el pensamiento que los envuelve o acompaña. Las ideas políticas de El Tortosí o de Ben Jaldun, como las de Carlos V o el P. Vitoria, como las ideas literarias del Arcipreste de Hita o de Lope de Vega, etcétera, etc., le han servido de base para penetrar en el sentido de ciertos hechos, que han adquirido entonces un aspecto nuevo. En su gran obra sobre el Cid es tenido constantemente en cuenta el pensamiento político de Pontífices y legados, de Reyes y otros personajes políticos y eclesiásticos. En esa obra, piezas tales como los conceptos de «rey» o de «vasallo», lo mismo en el ámbito cultural de los clérigos que en el de los nobles, la evolución de ideas sobre la realeza o sobre las relaciones feudales, la idea de cruzada, etc., tienen un papel decisivo en la construcción historiográfica montada por el autor.

¿Qué es lo que ha pretendido con ello Menéndez Pidal? El mismo nos lo dice en obra tan caracterizada en el conjunto de su producción como *La España del Cid*; conocer, nos dice, «un conjunto de vida pasada mayor que el conocido por los historiadores anteriores. Ya veremos (continúa diciendo) hasta qué punto ideas de tal significación como la del Imperio leonés permanecían ajenas a la Historia; otros puntos carecían de precisión, como los sucesivos caracteres que toma la Reconquista, el valor de las cruzadas en España, las aspiraciones de los varios Estados peninsulares, sus relaciones mutuas...» (16). Según esto, parece que importa más saber con qué ideas gobernaron nuestros reyes medievales que no un exceso de datos genealógicos o biográficos sobre los mismos.

Plenamente al punto de visto de la Historia del pensamiento

(15) *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo*. Madrid, 1959; páginas 216 y ss. «En la concepción de los deberes del vasallaje enunciados con exaltada pasión por Roland, y en las exhortaciones de Turpin, que se siente más vasallo que arzobispo, escuchamos en las postrimerías del siglo XI un vivo eco de las ideas más peculiares y corrientes de los siglos VIII y IX, según hemos visto. Este profundo elemento histórico no podía el Turoldo, creador de la nada, hallarlo ni en EGINHARDO ni en la señadad regalista y feudal del siglo XI», pág. 249.

(16) *La España del Cid*, ed. de 1929, vol. I, pág. 61.

corresponde uno de los últimos libros pidalianos: *El Imperio hispánico y los cinco reinos* (16 bis).

Reaccionando contra las malas consecuencias de una afirmación de Ranke (17) tal como durante varias generaciones fué comprendida, Menéndez Pidal nos ha hecho ver que no puede hacerse la Historia atendiendo a los puros documentos mudos, renunciando a las crónicas y otros textos de interpretación coetánea o próxima a los acontecimientos. Desde el momento en que metodológicamente se toma en cuenta el pensamiento como camino para penetrar en el sentido de los hechos, todo ese material «literario» que los positivistas absurdamente consideran el único «objetivo», cobra un valor principal. De ahí que los estudios de Menéndez Pidal sobre las crónicas y su posterior utilización en su contrucción histórica responda a una posición teórica fundamental. Con esos estudios sobre crónicas que empiezan en 1898 (18), y que le llevan a superar la gran empresa de editar el texto primitivo de la *Primera Crónica General* (19), reproducida recientemente con valiosísimos prólogos (20), Menéndez Pidal ha buscado no sólo fijar datos nuevos o rectificar los ya conocidos, sino poner en claro lo que sobre los hechos de su propia historia pensaron los españoles en la larga etapa de formación de su nacionalidad.

Esos estudios sobre las crónicas han puesto en claro, según Menéndez Pidal, el valor histórico de la epopeya, cuyos textos poéticos tantas veces han sido prosificados en esas crónicas. Claro que no se trata de buscar en ellos datos concretos, los cuales no pueden ser utilizados si los documentos no los confirman. Y he

(16 bis) Ver el texto que citamos en la nota 99.

(17) Decía RANKE: «Creo que pronto llegará día en que la Historia moderna se escriba tomando como base no los informes de los historiadores, ni siquiera de los contemporáneos de los hechos, y mucho menos de los compuestos de segunda o tercera mano, sino a base de las relaciones de los testigos oculares y de los documentos más auténticos y directos.» Sobre este punto de vista y su insuficiencia, ver mi estudio citado en la nota 13.

(18) *Catálogo de la Real Biblioteca. Manuscritos, Crónicas Generales de España*. Madrid, 1899 (3.^a ed., 1918).

(19) «Primera Crónica General. Estoria de España que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289», N. B. A. E., vol. V, Madrid, 1906.

(20) Madrid, Ed. Gredos, 1955; dos vols.

aquí la grave declaración de Menéndez Pidal: «siempre, más que hechos concretos, la epopeya nos habrá de dar *situaciones, costumbres, ideario y ambiente; pero también es cierto que todas estas cosas son de más alto interés histórico que los hechos*» (21). Y veamos en qué está ese *interés histórico*: «si no podemos lograr certidumbre de los hechos que refieren las gestas, por muy veraces que las descubramos, nos pueden informar sobre el ambiente y las condiciones generales que rodeaban la vida de aquellos siglos» (22). Por ejemplo, la gesta del infante García «nos ha permitido suponer cuáles eran las ideas políticas del antiemperador navarro» (23). La «Leyenda de la condesa traidora», tal como se relaciona con la gesta castellana de los condes Garci-Fernández y Sancho García, simboliza la oposición entre las ideas políticas de una princesa pirenaica, extraña a Castilla, y la empresa reconquistadora e hispánica que en ésta se perfilaba (24). El «cantar de Fernando I par de Emperador» recoge el eco de las pretensiones políticas de «extensión» respecto al Sacro Imperio por parte del reino castellano (25).

«Sin la epopeya ignoraríamos, con muchas costumbres, ritos y modos de ser, *muchas maneras de pensar y de sentir, las más impulsoras de la vida*, las que nos dan a conocer la antigua civilización medieval mejor que cualquier otra crónica de la época» (26). Alguna vez se ha objetado a Menéndez Pidal sobre el valor que él confiere a la épica para completar el cuadro histórico de los pueblos europeos y, muy particularmente, del castellano (27). Pero

(21) «Alfonso X y las leyendas heroicas», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 1, enero de 1948; reproducido en el vol. *De primitiva lírica española y antigua épica*, págs. 57-58. (El subrayado es nuestro.)

(22) Obra citada, pág. 59.

(23) Ver «El romanz del infant Garcia y Sancho de Navarra antiemperador», en el vol. *Studi... dedicati a Pio Rajna*, Florencia, 1911; reproducido con mucha mayor extensión en *Historia y epopeya*, 1934, y sin los documentos, en el vol. *Idea Imperial de Carlos V*, Madrid, 1940; páginas 73-125: se trata de comprender «el pensamiento y la actuación del mayor rey de Navarra», doble aspecto que interesa siempre a nuestro gran investigador.

(24) «La leyenda de la Condesa traidora», en el vol. *La idea imperial de Carlos V*, págs. 37-72.

(25) *Reliquias de la poesía épica española*, págs. 240 y ss.

(26) *Alfonso X y las leyendas heroicas*, ya cit., pág. 66.

(27) SPITZER: «Sobre el carácter histórico del Cantar del Mio Cid», en *N. R. F. H.*, II, 2, abril-junio 1948; págs. 105-107.

no trata aquél de extraer de los cantares elementos anecdóticos ni datos concretos sobre hechos y personajes que, aunque tengan su fondo de verdad, no son, sin más, utilizables. Lo que se pretende es captar en la epopeya esas «maneras de pensar y de sentir» sin las cuales los hechos carecen de sentido y de valor para los que viven después.

Sorprende, en la inmensa extensión de la obra pidaliana, la escasez, la ausencia casi total de trabajos de tipo biográfico. Según Eduardo Meyer, la biografía no es historia, y la obra de Menéndez Pidal es historia eminentemente. Algún lector probablemente pensará en uno de los principales títulos, por todos conocido, como objeción a lo que acabamos de afirmar: *La España del Cid*; pero ese magno estudio sobre el Cid es todo menos una biografía. Su autor expone de la siguiente manera su propósito: «Tenemos que oponer un continuo empeño de destacar la figura del Cid sobre el fondo de su época. Así resulta que en los primeros capítulos de mi obra se hablará más de otros personajes que del Cid, pues éste aún no es protagonista y nos importa conocer el escenario donde él va a actuar; después la Historia de España convergerá naturalmente hacia el Campeador» (28). Es la Historia de España entera la que se refleja en sus páginas, toda una amplia situación histórica presentada, a efectos de su construcción sistemática, sobre el centro de imputación de un personaje cardinal. La Historia del Cid, para Menéndez Pidal, no es una biografía, como tampoco lo fué para Droysen la de Alejandro, como no lo son tantas excelentes obras historiográficas que llevan por título un nombre de persona. En aquel caso, lo que se desarrolla ante nosotros es la Historia del esfuerzo político y militar de Castilla por el predominio peninsular y la pugna de los distintos reinos hispánicos por alcanzar una organización de su coexistencia; es la lucha encarnizada entre las novedades del europeísmo que la admirable dinastía navarra impone, frente al mozarabismo arcaico y el estancado goticismo leonés, representado frente al Cid por personajes como los Beni-Gómez. De este modo, el Cid simboliza, en la obra pidaliana, la reacción, victoriosa al fin, que trata de superar la «crisis de castellanidad» producida con la muerte de Sancho y la vuelta de Alfonso, crisis que se supera con la reafirmación de un programa

(28) Vol. I, pág. 60.

hispanico —ese programa que, centrándolo en el Cid precisamente, enunciaba Ben Bassam, según el texto interesantísimo tan citado por Menéndez Pidal—. Cuando éste ha escrito sobre el Cid o sobre Alfonso X, Carlos V, Santa Teresa, Guevara, etc., no ha ocupado su pluma en trazar rasgos biográficos. Los elementos biográficos aparecen y se utilizan como piezas de una construcción histórica. Por eso él no escribió «el Cid en la España de su tiempo», sino «La España del Cid».

Lo que sí, en cambio, nos ofrece esta obra es una utilización al máximo de los puntos de vista de la Historia del pensamiento en el plano de la Historia general. Vemos allí la acción política y militar del Cid, de Alfonso VI, del Conde de Barcelona, de los reyes moros de taifas, que se desenvuelve en un cuadro de «maneras de pensar y de sentir», con las cuales se nos hace comprensible el acontecer histórico en cincuenta años de vida española. Y de este modo la Historia no resulta un puro capricho hazañoso, sino una continuidad dotada de sentido.

Al concebir de esta manera la Historia vuelve a tener valor algo que el criterio de la Historia considerada como libre azar había frívolamente desdeñado, algo que, en definitiva, es uno de los aspectos fundamentales de la Historia del pensamiento: la investigación de las fuentes —entendiendo por fuentes procedencia de los hechos o ideas—. Claro que ahora el problema viene planteado de modo muy distinto. No consiste su objeto en buscar antecedentes que, en relación de imitación directa o de procedencia explicativa sobre un pasaje, idea, hecho, en singular, muestren un caso aislado de derivación, ni siquiera muchos casos repetidos, pero tomados singularmente. Ahora lo que queremos hacernos comprensible es toda una situación, para lo cual hemos de filiar sus elementos, y ello nos lleva a indagar sus fuentes de modo sistemático y conjunto. Por tanto, no quedándonos en la mera comprobación externa de uno o varios casos de dependencia, sino tratando de indagar cuál es el sentido de que esa dependencia se dé. Contra una banal actitud antihistórica que rechaza el interés de los estudios sobre fuentes, orígenes, procedencias, etc., en la literatura —y en cualquier rama, podemos añadir nosotros—, nos confiesa Menéndez Pidal: «Yo conservo la antigua estimación hacia el estudio de las fuentes porque es el mejor modo de apreciar lo que el autor inventa, es el único modo de situarle dentro

del medio espiritual en que se formó y vivió» (29). Según esto, hay que estudiar, pues, las fuentes de manera tal que podamos definir una situación en la que alguien se encuentra, hasta precisar su medio, y esto no para determinar forzosamente por él una personalidad, sino para comprender la acción de ésta históricamente, que es la única manera de comprenderla. Por eso, dice Menéndez Pidal, «es, a mi juicio, principio fundamental en el estudio de las fuentes literarias, que el conocimiento y elección de la fuente por parte del autor no se ha de interpretar como efecto del acaso, sino como la primera manifestación del propio carácter que luego el autor habrá de desarrollar en el modo de aprovechar el caudal que de la tradición toma» (30).

Este principio lo aplica Menéndez Pidal en el plano de la Historia de un pueblo y con referencia a ese depósito del pensamiento comunitario que es el lenguaje. Menéndez Pidal que respaldándolo una vez más a su interés por las corrientes de pensamiento a que van ligados los hechos pide que sobre la «historia genética» se atienda a la «historia literaria de las palabras», exige metodológicamente que cuando un historiador de la lengua se ocupe de los «préstamos» —y esto es algo que interesa fundamentalmente a todo historiador— se fije la atención no sólo en los préstamos que la lengua de un pueblo recibe, sino en aquellos que exporta, porque éstos nos dirán con qué calidades y valores era estimada una lengua y, con ella, el grupo humano de los que la hablaban. De este modo podemos ayudarnos a penetrar en la interna estructura de la que fué situación histórica de tal grupo o pueblo en una época determinada (31).

(29) «El estilo de Santa Teresa», en la rev. *Iscoñal*, octubre de 1941; recogido en el vol. *La lengua de Cristóbal Colón*, la cita en la pág. 162.

(30) «Notas al Libro de Buen Amor», en el vol. *Poesía árabe y Poesía europea*, pág. 156.

(31) «El lenguaje del siglo XVI», en el vol. *La lengua de Cristóbal Colón*, pág. 70. Préstamos del español al italiano y al francés, tales como «desenvoltura» o «grandioso», que M. PIDAL señala, son interesantes al objeto que exponemos.

III. INDIVIDUO Y GRUPO EN EL PLANO DE LA HISTORIA

Fuentes, préstamos, aspiraciones, ideas, etc., estos son los elementos que la investigación pidaliana persigue para dar cuenta de los hechos, mostrando las corrientes de pensamiento en los que van situados, para llegar a construir la figura del pasado. Pero esas corrientes ofrecen un carácter colectivo, multiindividual: en una corriente participan muchos, y para aquel en quien la reconocemos resulta ser, en cierta medida por lo menos, algo recibido. ¿Cuál puede ser el papel del individuo en este plano? ¿Cuál es su articulación con el grupo? No tanto por los materiales que ha manejado como por las teorías que sobre ellos ha construido, Menéndez Pidal ha tenido que plantearse, como el primero desde el punto de vista sistemático y como el más importante problema de su concepción historiográfica, el de la relación entre individuo y colectividad. El ha enfocado esta cuestión en dos esferas en las que esa relación tiene un más radical sentido —la de la epopeya y la de la lengua—, dos esferas en las que aquélla ofrece una intensidad muy particular. Por eso lo que sobre tal problema aporta Menéndez Pidal es valiosísimo para la Historia en general, sirviendo para ayudarnos a desentrañar el interno esquema del acontecer social y humano. Por eso lo dicho a este respecto por Menéndez Pidal tiene, como cuanto hasta aquí llevamos visto, un interés decisivo para todo aquél que trabaje en ciencias sociales y humanas.

El historiador tiene siempre ante sí individuos insertos en grupos, grupos en los que se produce la acción de los individuos. Sin darse cuenta de cómo esa interacción se constituye, sin desentrañar la relación dialéctica entre individuo y comunidad, el historiador no puede comprender nada de lo que contempla. Desde fines del siglo pasado hasta nuestros días, desde los tiempos de Tönnies a los de Litt y a los de Mac-Iver, Gindsberg, etc., todo el esfuerzo de las ciencias sociales e históricas ha tenido que empezar por afrontar el problema individuo-comunidad. Y es una vez más de observar —y ello es prueba de la actualidad intelectual constante de Menéndez Pidal— que ese ha sido también, aproximadamente por los mismos decenios, el gran tema suyo: el individuo y el grupo, bipolaridad que él contempla en los grandes temas de la creación de la epopeya y del lenguaje.

Menéndez Pidal tuvo que habérselas todavía con la confusión romántica que disolvía u ocultaba el individuo en un espíritu colectivo, dotado de una mística capacidad creadora. En el terreno de la historia literaria, G. París sostenía por entonces que los grandes poemas épicos procedían de cantilenas épico-literarias cantadas por el «pueblo». Pero la gran polémica de Menéndez Pidal tuvo que dirigirse contra el superindividualismo de Bédier, que se negaba a dar cualquier especie de realidad al grupo y sostenía que los cantares épicos eran obra culta y acabada de individuos aislados, los poetas, inconexadamente pululantes entre otros individuos, los clérigos latinizantes, de los que aquéllos recibían para su obra el pretexto y la anécdota, algunos datos externos, datos extraídos sin continuidad ninguna de bibliotecas y archivos eclesiásticos.

La epopeya, dice Pidal frente a unos y otros, es obra de una serie de poetas que sucesiva y espontáneamente colaboran en el cantar. No es obra compuesta de una vez por un poeta, no es obra tampoco de una mente colectiva e impersonal; es obra en la que un poeta tras otro introduce cambios o desarrollos nuevos, no preocupado de su creación personal, sino del gusto de los demás por su innovación. Toda innovación es personal, pero se acepta y propaga por otros que, a su vez, introducen sus nuevas variantes.

«No hay diferencia cualitativa entre la obra de un poeta y la obra de varios poetas; ésta no es producto de fuerzas mecánicas inconscientes» (32). Es decir, en cualquier caso, una y otra responden a una conciencia individual. «Esta elaboración colectiva que hasta en sus mínimos detalles es siempre obra de un individuo, no hay razón válida para calificarla de obra inconsciente; no hay razón ninguna para desechar su poesía como no congenere ni asociable a la poesía de autor único individual» (33). Originariamente, un poeta ha compuesto, como Bédier sostiene, la *Chanson de Roland* o el *Poema de Mio Cid*; pero sobre esa primaria redacción, cuantos juglares-poetas las han cantado después han ido introduciendo variantes, han llevado a cabo refundiciones parciales o totales, y a través de esta larga cadena de colaboraciones se ha ido formando el cantar en la forma que ha llega-

(32) *La Chanson de Roland y el neo-tradicionalismo*. Madrid, 1959: página 451.

(33) *Ob. cit.*, pág. 53.

do hasta nosotros. Luego volveremos sobre esto. Ahora lo que nos interesa es ver en la épica una obra social producida por individuos que participan en un hacer común a través del tiempo. Esta afirmación de la permanencia de un cantar en reelaboración a través de generaciones es el núcleo de la doctrina pidaliana del «tradicionalismo». Como vemos, no afirma menos que el individualismo una acción individual, sólo que no la presenta aislada, sino en cadena, de manera tal que la acción de cada individuo se orienta y desenvuelve en conexión con las de los otros. Ese «tradicionalismo», dice Menéndez Pidal, es más «individualista» que las tesis opuestas, porque ve en toda actividad social una serie de esfuerzos individuales (34). Esos procesos que por fundir tal acumulación de esfuerzos podemos llamar «colectivos», mas no porque procedan de una voluntad colectiva, no solamente no excluyen toda iniciativa personal decisiva, sino que la exigen y la postulan con reiteración (35). Recientemente me decía Menéndez Pidal que en el último Coloquio de Poitiers sobre problemas de la épica medieval, afirmó que su teoría «tradicionalista» era un *pur-individualismo*.

La canción tradicional tiene siempre su arranque en la canción compuesta por un individuo, la cual, si es del gusto del grupo, se propaga y generaliza, y sus múltiples repetidores introducen, consciente o inconscientemente, variantes (36) que corrigen y refunden el texto primitivo. De esta manera, y sólo de esta manera, podemos decir que «el estilo juglaresco va trocándose en estilo colectivo a fuerza de sucesivas refundiciones anónimas», las cuales son siempre obra de un autor individual y se van superponiendo unas a otras (37). El que transmite un cantar, en una sociedad profundamente interesada en el mismo, no es nunca un copista pasivo, meramente mecánico, sino que lo repite en tensión poética renovadora. Por eso cambia un verso, altera una escena, reforma el carácter de un personaje, introduce o suprime un episodio. Ese es el

(34) *Poesía juglaresca*, ed. cit., pág. 367.

(35) *La Chanson de Roland*, pág. 40.

(36) Sobre el concepto pidaliano de «variantes», una de sus categorías historiográficas más interesantes, ver su estudio «Sobre geografía folklórica», publicado como primera parte del vol. *Cómo vive un romance*, en colaboración con D. CATALÁN y A. GARMÉS, anejo LX de la R. F. E., en especial cap. IV.

(37) *Poesía juglaresca*, pág. 368.

fenómeno que Menéndez Pidal llama «tradicionalidad» (38), fenómeno típico de socialización, de interpretación comunitaria. Recoge Menéndez Pidal el hecho de que en las cinco copias hoy conservadas de la «*Chanson de Roland*», coincidentes a veces estrofa a estrofa, frase a frase, no se encuentran, sin embargo, dos versos idénticos entre ellas. Esto lo advirtió ya Bédier, sin podersele explicar. Ello se debe a la actividad refundidora de cada uno de los cinco copistas, esto es, a los que repitieron el poema y lo transmitieron tradicionalmente.

Un fenómeno parecido se produce a toda hora en el campo del lenguaje. Ninguno de los que se sirven de esta obra común, deja de introducir innovaciones, deja de crear «variantes». Todo cambio lingüístico procede de la voluntad de un individuo, todo fenómeno del lenguaje es imputable a un autor individual y se transmite a otros por su aceptación. Sólo que los cambios que en el lenguaje permanecen son menos y mucho más lentos. Ya veremos por qué. «El más pequeño cambio evolutivo del lenguaje procede siempre de la voluntad consciente o semiinconsciente de un individuo innovador, de la inteligencia acertada o errónea, de la sensibilidad o imaginación de un individuo que, en su habla, conforma o deforma a su gusto, a su manera, la pronunciación, el vocabulario o la fraseología de la lengua materna aprendida. Pero sucede que todas o casi todas las innovaciones que cada hablante introduce, se extinguen, rechazadas por la mayoría que acepta el patrón del lenguaje; muy pocas hallan imitadores que las propaguen; y así la lengua común, aunque varía en cada uno que la habla, tiende a permanecer invariable en su esencia, siendo sus mudanzas pocas, leves y lentas, aunque hemos de insistir en que toda mudanza depende de un individuo que obra sobre muchos individuos, y el resultado de muchos actos voluntarios y coincidentes no es nada inconsciente ni mecánico. El individuo, por sí, sólo puede influir en el lenguaje de la comunidad lo mismo que puede influir en unas elecciones por sufragio universal: captándose adhesiones» (39). El lenguaje no es un mecanismo sujeto a determinación, ni es un bloque mineralizado, inmóvil. Es un fenómeno de vida social que responde a la misma interacción individuo-grupo, relación en la cual sus tesis «tradicionalistas» no

(38) Ob. cit., pág. 370.

(39) Ob. cit., pág. 366.

impiden a Menéndez Pidal dar al individuo todo su papel, negándose a ver en el lenguaje un depósito «situado fuera de la voluntad de los depositarios» como quería F. de Saussure. Desde su arranque individual, «la lengua está en variedad continua y en permanencia esencial. Cada hablante moldea los materiales que en su memoria ha depositado la tradición, los transforma ajustándolos al estímulo expresivo que le mueve a hablar, los vivifica dándoles una existencia singular que nunca tuvieron antes ni volverán a tener después jamás; pero, a pesar de eso, la lengua permanece en su identidad esencial, pues el individuo crea su habla en continuo ajuste y contraste con la comprensión del oyente y con el uso general de los demás hablantes. De un modo algo semejante, la escritura, forma gráfica del lenguaje, aparece personalizada en cada individuo, aunque a la vez reviste formas fijas y comunes a todos, pues ha de ser legible para todos. Así, aun admitida esta directa participación personal, es evidente que, siendo el lenguaje actividad colectiva de una sociedad humana, su desarrollo global es independiente de la voluntad del individuo, como decía el positivismo. Sin duda, el individuo por sí solo es impotente para alterar el curso de las modificaciones que el lenguaje tienda a sufrir; pero también es evidente que los cambios que se produzcan en el lenguaje, siendo éste un hecho humano, serán siempre debidos a la iniciativa de un hombre, de un individuo que, al desviarse de lo habitual, logra la adhesión o imitación de otros, y éstos logran la de otros: en suma, el proceso de cualquier neologismo será idéntico al proceso por el que se propaga cualquier opinión o cualquier costumbre en un grupo humano, hasta hacerse propia de la mayoría» (40). Iniciativa de un individuo, imitación por otros, adhesión de nuevos grupos, propagación como una onda que al irradiar va modificándose y engendrando a su vez otras líneas de difusión. Desde muy pronto, Menéndez Pidal había construido este esquema de los fenómenos sociales del lenguaje y de la épica, en el cual se puede expresar el esquema de todo fenómeno de socialización. Ya el propio Pidal se dió cuenta tempranamente de esto y anunció esa relación dialéctica de individuo y grupo, con un alcance más general: «cualquier cambio en la actividad colectiva tradicional, lo mismo respecto al lenguaje

(40) «La unidad del idioma», en el vol. *Castilla, la tradición, el idioma*, págs. 196-197; y *La Chanson de Roland*, págs. 50 y sigs.

que a la canción popular, que a la costumbre jurídica, etc., se funda en el hecho de que muchas generaciones consecutivas participan de una misma idea innovadora y la van realizando persistentemente» (41). Esa «persistencia de la idea innovadora a través de siglos y generaciones», que se descubre incluso en campos tan propicios al individualismo como el de la invención poética, nos da el juego del movimiento social: innovación-adhesión.

Estas materias, tales como el lenguaje o la epopeya; en las cuales se produce tan libremente, tan sin presión alguna de un poder organizado, su socialización y «tradicionalización» —en el sentido pidaliano— son materias que tienen una gran fuerza para fundir en unidad un grupo social en la etapa de formación de éste. Por eso la epopeya perdió después esa capacidad de ser re-fundida, revivida socialmente. Illo, en tal campo, es propio tan sólo de la «edad heroica» —otra de las categorías pidalianas importantes— que su autor matiza mucho más ajustadamente que otros que se han servido sin tanto rigor de un concepto similar, como Rajna, Ker, Chadwick, etc. *Edad heroica* es aquella que viven los pueblos antes de desarrollar una historiografía culta en su lengua propia, cuando sienten la necesidad de cultivar su propia historia sirviéndose para ello de cantos públicos animados por un sentimiento político unánime, movidos por un interés en el que todos participen (42). Pidal parece definir aquí la etapa de fusión o de integración de una comunidad política, etapa por la que pasaron los pueblos europeos precisamente en los siglos de florecimiento de la épica. Como la empresa secular y común cantada en esos poemas se impone a todos, todos participan en ellos, sintiendo al unísono esa épica, reelaborándola; mas como esto no se hace por interés personal, sino solidariamente, nadie tiene cuidado en salvarse de la *anonimia*. Pero bien entendido que «anonimia y colaboración dejan a salvo la individualidad del poeta» (43); esto es, socialización y solidaridad están tejidas de voluntades individuales.

(41) *Orígenes del español*, pág. 562.

(42) *Problemas de la poesía épica*, ya cit., pág. 72; y *La Chanson de Roland*, págs. 433 y sigs.

(43) *Reliquias de la poesía épica española*, pág. X. Sobre la «anonimia» como fenómeno propio de las literaturas primitivas, diferente de los casos que en las literaturas modernas se dan, ver *Poesía juglaresca*, páginas 361 y ss.

Tenemos, pues, que todo hecho social (ejemplo eminente, el lenguaje) depende de los individuos. Estos son los que crean e innovan y, al introducir cambios, ven éstos impuestos por prestigio o por presión de cualquier otro tipo. La imitación los generaliza y se asegura así una transmisión que es siempre «cambiante y evolutiva», que se hace siempre a través de variaciones. Como una verdadera ley formula Menéndez Pidal esta tesis: «la épica vive en variantes, como la balada» (44); pero después de lo que llevamos dicho comprendemos ya que esa ley puede ser aplicada a nuevos campos de la vida social y que el concepto de *variante* es válido en toda el área de la Historia. Pero hay más. Menéndez Pidal comprueba que si el campo de transmisión es extenso y de gran densidad, los cambios individuales, que existen siempre, encuentran una resistencia mayor y la aceptación y generalización de las variantes es más lenta; en cambio, si el campo social es menos denso, las resistencias son menores y las innovaciones triunfan más fácilmente. Con esta profunda observación, que confirma el carácter «tardigrado» de la sociedad, de que hablaba Ortega, nos ha dado Menéndez Pidal una ley histórico-social de máxima importancia, cuyo enunciado, cifrándonos exactamente al pensamiento de su autor, podríamos formular en estos términos: *la propagación de un cambio social se desarrolla con velocidad inversamente proporcional a la densidad y extensión del grupo en que se propaga.*

Los casos en que especifica Menéndez Pidal el alcance de esta ley tienen para nosotros muy especial interés: En la evolución política de un pueblo, evolución en la que toma parte activa una pequeña minoría, se pueden producir cambios bruscos y es fácilmente perceptible la acción de la individualidad a cuya intervención se deben; en la evolución del lenguaje, dado que en ella intervienen todos los individuos que componen el campo social, los cambios son lentos y más suaves y, aunque tienen siempre por autor a un individuo, no permiten, por su condición de casi imperceptibles, reconocer en cada caso a su autor y, en consecuencia, adquieren aparentemente un carácter anónimo que tomamos como colectivo (45).

(44) *La Chanson de Roland*, págs. 62 y ss.

(45) *Poesía juglaresca*, págs. 364-365, y también *La unidad del idioma*, ya citado.

IV. ARCAÍSMO Y TRADICIONALIDAD

Hemos expuesto antes el concepto de tradicionalidad y para acabar de comprender lo que es un operar tradicional en la doctrina de M. Pidal vamos a considerar brevemente sus caracteres.

Con su riguroso saber positivo, M. Pidal ha puesto en claro los aspectos de tradicionalidad en los cantares de gesta españoles: a) La asonancia —los cantares franceses que empezaron siendo asonantados, buscaron muy pronto las formas aconsonantadas, mientras que los españoles conservaron aquélla hasta el final, pasando luego a los romances (46); b) El metro irregular o de desigual número de sílabas, usado originariamente en la épica francesa, según «presunción que se confirma al ver que ese metro irregular se usa en las gestas anglo-normandas y franco-italianas que, viviendo en áreas periféricas de la cultura francesa, son esencialmente arcaizantes» (47), mientras que, en cambio, los juglares españoles, como esos otros anglo-normandos, franco-italianos y también los venecianos, incluso cuando adoptan para su público poemas franceses, no practican el cerrado sistema de versos isosílabos que los poetas franceses habían establecido (48); c) Las tiradas de desigual número de versos, frente a la forma estrófica que adoptará, como producto de importación y con independencia de primitivas formas peninsulares estróficas, el «mester de clerecía». «Es un carácter especial de la literatura española el de mantener formas arcaicas desaparecidas en otros países» (49).

(46) *Poesía juglaresca*, págs. 268-269.

(47) *La Chanson de Roland*, pág. 23.

(48) «La forma épica en España y en Francia», en *R. F. E.*, XX, 1933; reproducido en *De primitiva lírica española y antigua épica*. Madrid, 1951; pág. 42.

(49) *Poesía juglaresca*, loc. cit. Todavía ha señalado M. PIDAL un caso notable de arcaísmo: el de la llamada e paragógica —así, en *volumade*, *amore*, *estare*, etc.—. No responde esto a una licencia poética para buscar un asenante, como creía Nebrija, sino que es un uso arcaico de los siglos X y XI, tratando de buscar una recta forma etimológica, aunque a veces no sea más que una caída en ultracorrección pedantesca —fenómeno típico de una fase de orígenes. De ese modo. «un uso que responde a condiciones lingüísticas de los siglos X y XI es conservado por la épica española hasta los últimos poemas del siglo XV y hasta en los romances de los siglos XVI y XVII». No sólo, pues, nuestra épica ofrece como un

Junto a estos caracteres formales, los juglares de gesta españoles se diferencian de los franceses por aspectos que atañen al fondo. Los relatos de los cantares de gesta castellanos son poemas breves que representan el tipo originario de la épica, mantenido en Castilla, como habían existido antes breves cantares narrativos teutónicos y escandinavos. Esos cantares de Castilla, a diferencia de los franceses que en los siglos XI y XII sólo poetizaban sobre Carlomagno y sus inmediatos sucesores, se ocupaban de héroes y asuntos de actualidad, dando a su público noticias de los acontecimientos que vitalmente le importaban, siguiendo en esto también una práctica primitiva (50).

Pues bien, esos caracteres de austeridad narrativa y noticiara y de verismo histórico se conservan entre los juglares españoles largo tiempo, incluso en la época de florecimiento de las gestas (1140-1236). M. Pidal ha comprobado su presencia hasta en poemas épicos modernos del siglo XVII. Claro que esa tendencia al verismo no es pretensión de autenticidad histórica, como aclara en respuesta a Spitzer, ni hay siquiera un propósito de fidelidad a los hechos. Pero lo cierto es que por ocuparse de acontecimientos muy próximos en el tiempo y aun contemporáneos, se conservaban fielmente en la memoria y podían relatarse los hechos en forma más veraz. De esta manera, el verismo histórico de los cantares españoles no es historicidad buscada, sino «efecto de la coetaneidad» (51).

Con el conocimiento reciente de nuevos textos árabes referentes a la conquista de Valencia por el Cid, textos descubiertos por Levi Provençal e identificados por éste como fragmentos de Ben Idari que recoge extractos de Ben Alcama, ha podido Menéndez Pidal ratificarse en su tesis y afirmar que «siempre que podamos alcanzar una forma primitiva, o al menos suficientemente arcaica de un relato épico, lo encontramos lleno de verdad de época... y conforme el relato épico toma nuevas formas en siglos sucesivos, le vemos dejarse invadir cada vez más de elementos nove-

arcaísmo la asonancia, según ya llevamos dicho, sino un tipo de asonancia muy primitivo. Ver *La forma épica en España y en Francia*, ed. cit., página 41.

(50) *Poesía juglaresca*, págs. 254-255.

(51) «Poesía e Historia en el Mío Cid», en *N. R. F. H.*, III, 1949; reproducido en *De primitiva lírica española...*, págs. 11-33.

lescos» (52). Así se observa comparando la *Chanson de Roland*, con el *Poema de Mio Cid*, o mejor el mismo poema cidiano con las *Mocedades de Rodrigo*.

Tenemos aquí una elocuente lección para los que son dados a sacar apresuradamente consecuencias sobre los caracteres, poco menos que indelebles, de los pueblos (53). Resulta que de ese verismo histórico sólo podemos decir que es un carácter de la épica hispana en la medida en que es tan sólo un «estado» de relativa duración en la misma, nunca una esencial condición. Por eso, dice Menéndez Pidal, «los estados arcaicos conservados por la literatura española debieron por fuerza existir en épocas más antiguas de la literatura francesa» (54).

También en el campo de la lírica ha llegado M. Pidal a conclusiones semejantes, cuya confirmación por descubrimientos recientes constituyen uno de los éxitos más resonantes del método pidaliano. Aparece ahora una lírica con caracteres arcaizantes mucho más antigua que cualquiera otra de Europa y en relación con la cual hay que afirmar que también en su campo, y no sólo en el de la épica, la literatura española tiene un gran valor para todos los problemas de orígenes. Arte de una época anónima que vive en refundiciones y variantes, que no se caracteriza por ser inculta e inconsciente, sino popular y de colaboración pluriindividual (55). Una lírica primitiva castellana encontraba M. Pidal que estaba irrefutablemente testimoniada en relatos cronísticos, en textos de la *Chronica Adefonsi Imperatoris*, de la *Historia Compostelana* y de la *Historia anónima de Sahagún*, tesis que su autor

(52) «La política y la reconquista en el siglo XI», publ. en REV. DE ESTUDIOS POLÍTICOS, núm. 35-36, 1948; recogido en *Miscelánea histórico-literaria*; ver pág. III.

(53) Por ejemplo, el haber habido o no primitivamente lírica en Castilla no es un «carácter» sino un fenómeno que se produciría en relación a una situación o por eso resulta ahora que sí debió existir tal lírica.

(54) *Poesía juglaresca*, pág. 255.

(55) *Cantos románicos andaluéses*, en ed. cit., págs. 64 y ss. No se opone el carácter comunitario, más que popular, de la épica y aun de la lírica españolas a un posible carácter culto (LAPESA observa cómo el poeta-juglar de «Mio Cid» opta por formas como *sinistro* y *can*, frente a *izquierdo* y *perro*, por estimar éstas vulgares. *Historia de la Lengua Española*, Madrid, 2.ª ed., pág. 158.

sostuvo en un discurso de 1919 (56) y desarrolló, estudiando los diferentes tipos de poesía puestos de manifiesto por esas Crónicas, en 1943 (57). Unos años después volvió a recordar esa hasta entonces hipótesis suya, cuando en *Cantos románicos andalusies* estudió el descubrimiento sensacional de las muwaschajas hispano-árabes e hispano-hebreas con jarchyas en romance. En ese momento recordaba Menéndez Pidal que durante mucho tiempo se había sostenido que Castilla no había poseído una lírica primitiva y sí sólo una épica —y añadamos que de ello se deducían impertinentes conclusiones sobre su carácter guerrero, etc.—. Ahora la incuestionable presencia de una lírica española obliga a replantear muchos de estos temas y echa por tierra muchas suposiciones gratuitas, que no hipótesis científicas. Y ante estos resultados ha escrito M. Pidal: «La canción románica andaluza dió vida a la muwaschaja y al zéjel en los albores del siglo X, y el zéjel y demás canciones andaluzas asistieron al nacimiento de la lírica provenzal a comienzos del siglo XII» (58). En un caso concreto, parece darse aquí la fórmula de la acción histórica de España, en alguno de sus aspectos. En la labor de trazar el inventario de nuestro pasado nacional —operación que no sólo tiene interés histórico, sino político, en la vida de un pueblo— no habrá que olvidar esa nueva herencia que los descubrimientos llevados a cabo por Menéndez Pidal o hechos posibles por la aplicación de sus teorías, nos ha traído a los españoles.

(56) «La primitiva poesía lírica española», discurso de recepción en la R. A. E., 1919; reproducido en *Estudios literarios*, 4.^a ed., págs. 181 y siguientes.

(57) «De primitiva lírica española», en *Cultura neolatina*, III, 1943; reproducido en el vol. del mismo título, ya cit., págs. 113-128.

(58) «La canción andaluza entre los mozárabes», en el vol. *España, eslabón entre la Cristiandad y el Islam*; ver pág. 20. Sobre la utilización por los árabes de precedentes de raíz hispánica, a parte del indudable origen románico de las jarchyas y de sus formas estróficas, ignoradas por la casida monorrima, hay que tener en cuenta el dato, señalado también por M. PIDAL, de que desde los primeros tiempos islámicos, los árabes recogen y adaptan narraciones de tipo edificante de los cristianos, lo que permite pensar que los musulmanes de España utilizaron muchas narraciones literarias o populares que circulaban en el ambiente románico del país en tiempos próximos a la invasión. Ver «Las leyendas moriscas en su relación con las cristianas», en *Estudios literarios*, pág. 116.

V. CONTINUIDAD Y DISCONTINUIDAD EN EL PROCESO HISTÓRICO. LA NOCIÓN DE ESTADO LATENTE

En la obra de Menéndez Pidal, como centro desde el cual se organizan todas sus partes, ha habido un problema principal, partiendo del cual se han ido planteando todos los demás: el de los orígenes de la épica, que tan inmediata relación tiene con el de la formación de las modernas comunidades políticas. Meditando sobre ese problema tuvo lugar la gran intuición de M. Pidal: la de la tradicionalidad de ciertas formas literarias, en la cual se nos muestra lo que de continuidad y solidaridad hay en las formas de vida común que han granado en las naciones del Occidente europeo. Desde el primero de sus libros, sobre los *Infantes de Lara*, hasta el último de ellos, sobre el *Roland*, ha sido aquél el gran tema de egregio historiador (59).

Esa «tradicionalidad» —empleamos la palabra en el sentido pidaliano, ajeno a toda otra tesis tradicionalista— es el esquema de la vida social: es la continuidad que enlaza la invención de un individuo y su reelaboración parcial y sucesiva por cuantos le prestan adhesión, integrándose en un grupo. Esa continuidad no niega las individualidades, sino que las supone y las exige, porque de lo contrario sería más bien uniformidad. La Historia es un continuo en el que se dan discontinuidades. Y si lo decimos de esta manera, es porque resulta difícil expresar la nueva postura que a individuo y grupo, mutuamente integrados en una relación dialéctica inseparable, atribuye el pensamiento actual —cuyas fórmulas, las tesis de M. Pidal sobre el fenómeno literario las han anticipado en gran medida—. Un ejemplo particularmente interesante de la relación del individuo con el grupo es ese que nos proporciona la poesía épica, tal como M. Pidal lo ha puesto en claro. Tiene especial valor el ejemplo porque nos ofrece uno de esos casos de interacción justamente en la época de fusión de unas comunidades, esto es, en su «Edad heroica». Como este estado se ha prolongado más en España que en otras partes, el caso

(59) La última parte de *Poesía juglaresca*, la conferencia sobre «Problemas de la poesía épica», y la primera parte de *La Chanson de Roland* son los textos que fundamentalmente hay que tener en cuenta acerca de la cuestión enunciada.

de la épica española es especialmente fecundo para estudiar el problema, ya que, a su vez, esa épica conservó durante más tiempo sus caracteres arcaicos y gozó de una muy interesante supervivencia en otros géneros —la crónica, el romance, el teatro—. En todos estos géneros tan eminentemente sociales puede ser considerada la tradicionalidad de la épica y, en el aspecto político y social que entrafía —junto a otros aspectos— puede estudiarse más a lo vivo en plazo mayor y más próximo a nosotros.

«La epopeya románica —ha dicho M. Pidal— es la hermana mayor de la historiografía; nace cuando la historia no existía, o sólo se escribía en latín, lengua extraña a la comunidad» (60). Y nace porque esta comunidad la necesita, como expresión de la empresa heroica y colectiva, en cuya acción se está fundiendo el vínculo comunitario. Por esta razón, la epopeya surge reclamada por «la apetencia historial de un pueblo que se siente empeñado en una empresa secular» (61).

Junto al clérigo latinizante que participa en una tradición docta, internacional y difusa, el juglar y poeta en romance se halla implicado desde su origen en una tradición vulgar, esencialmente vinculada a una comunidad, y en ella expresa las primeras iniciativas creadoras de las lenguas románicas que tienen en esos altos siglos medievales su despertar literario.

Contra la tendencia de Faral y tantos otros, M. Pidal sostiene que se ha exagerado el papel de los clérigos cultos y transmisores de latinidad, en los orígenes de las literaturas de los pueblos románicos. Por de pronto, entre ciento y pico de trovadores y juglares de la escuela provenzal, sólo se encuentran cuatro clérigos. Y en España el espíritu de los cantares de gesta es tan civil, tan no eclesiástico, que se da el caso de que en el *Cantar de Mio Cid* se nombran veinticinco personajes, todos ellos seculares, cuya existencia real se ha comprobado siempre, y no se cita más que dos personajes eclesiásticos, uno de ellos el de un monje que, a pesar de ser un importante abad, lleva el nombre equivocado (62).

No hay que aceptar la tesis de que unos posibles relatos primitivos, rudos e inartísticos, fueron olvidados, y que, bajo la influencia de la cultura latina de los clérigos empezó una segunda

(60) *Problemas de poesía épica*, ed. ya cit., pág. 73.

(61) *La Chanson de Roland*, pág. 429.

(62) *Poesía juglaresca*, págs. 357 y ss.

etapa de las literaturas románicas con los grandes y cultos poemas épicos. Menéndez Pidal se niega a reconocer que haya que «separar dos épocas con un género poético diverso cada una, la primera con relatos orales inartísticos y la segunda con *chansons de geste* escritas». Lejos de eso, afirma «una perfecta continuidad de la línea tradicional entre los siglos XII y XIII y los anteriores» (63).

Una actividad literaria regular la ha tenido que haber siempre, hasta en los llamados siglos oscuros. Lo original, sobre todo en la tesis de M. Pidal, es ir a buscar en esa actividad soterrada y continua la fuente de las literaturas de los pueblos modernos, que directamente entroncaría con su etapa heroica y formativa. Sus producciones se han perdido en su casi totalidad, porque por su índole vulgar no interesaban a los clérigos que formaban las bibliotecas, porque la materia en que se escribían (lo muestra el manuscrito de *Elena y María*) era pobre y deleznable, y, finalmente, en España, porque el cambio de la letra mozárabe a la gálica hizo ilegibles en unas pocas generaciones todos los libros antiguos. Pero no por eso hemos de olvidar, como historiadores, la «escendida corriente tradicional» y, seguros de «la gran extensión de esa época latente de la literatura primitiva», alumbrarla ante nosotros (64). Por nuestra parte, podemos pensar que en la medida en que se consiga esto se pondrá en claro un testimonio valiosísimo sobre el proceso de formación de los pueblos modernos, y en general sobre los recónditos y fecundos movimientos de los que nace una comunidad política.

Para comprender, desde cualquier disciplina que tenga relación con la realidad histórica, ese proceso, tiene un gran valor un concepto categorial acuñado por M. Pidal. Nos referimos al de *estado latente* (65). Su propio autor nos llama la atención acerca de la amplitud de validez del mismo y denuncia «el error en que fre-

(63) *La Chanson de Roland*, pág. 56.

(64) *Poesía juglaresca*, loc. cit.

(65) Sobre este concepto, aparte de los textos del autor que llevamos ya citados, ver su reciente estudio «Le romanero et l'état latent de la poésie épique», en *La Table ronde*, núm. 133, enero 1959, y también D. CATALÁN: *La escuela lingüística española y su concepción del lenguaje*, Madrid, 1955, cap. VII; LE GENTIL: «La notion d'état latent et les derniers travaux de Menéndez Pidal», en *Bull. Hispanique*, LV, 1953, y el artículo de J. MARIAS: «La idea de estado latente en el método de Menéndez Pidal», en *Insula*, XII, 141, agosto de 1958.

cuentemente caen los estudiosos del lenguaje y de la literatura, así como los tratadistas de las instituciones políticas y de las costumbres, por no tener presente en sus construcciones históricas (66) la posible latencia en que los hechos sociales pueden vivir durante varios siglos» (67). En otra parte, insiste en referir el concepto de estado latente a «una actividad social cualquiera» y habla de una «realidad latente» (68). Esta última formulación llevaría a plantear problemas de otro tipo y prueba lo fecunda que puede ser la utilización de esta idea. Tal como ha venido sosteniendo M. Pidal significa que una actividad literaria, o de otra índole, de la que por no disponer de testimonios se ha negado su existencia, existe, sin embargo, en una sociedad, y al mismo tiempo que continúa una línea anterior, está en condiciones de provocar, cuando la ocasión llega, un nuevo florecimiento de los fenómenos con que se relaciona. Los contemporáneos de un «hecho o uso social» latente *no se dan cuenta de él*, porque tan habitual les es, o *no dan cuenta de él*, por estimarlo obvio o insignificante y estimar que no merece en uno y otro caso su mención escrita.

«La noción de estado latente, dice Menéndez Pidal, no es una explicación de cualquier fenómeno lingüístico en sí; explica sólo su existencia cuando parece no existir y apoya la explicación que puede buscarse en la acción de un sustrato, o de una colonización o de un influjo lejano cualquiera» (69). Había efectivamente en la Historia muchos casos de influjos remotos, de reapariciones que no tenían fácil explicación. En la Historia del pensamiento estos fenómenos son frecuentes y, a veces, de casi imposible explicación. Esta viene a ser apoyada ahora por esa «realidad latente» que ciertos hechos parecen poseer y en virtud de la cual se hace perfectamente comprensible la existencia de fenómenos de «sustrato» —empleando ese utilísimo concepto de los filólogos, que nosotros hemos propuesto se acepte como un concepto de validez general en todo el campo de la Historia— (70).

Los fenómenos de estado latente que presenta nuestra Historia

(66) Llamo la atención sobre el uso por M. PIDAL del concepto de «construcción histórica». Acerca del sentido del mismo, ver mi *Teoría del saber histórico*, cap. 3, III.

(67) *Poesía juglaresca*, pág. 340.

(68) *Cantos románicos andalusíes*, en ed. ya cit., págs. 149-151.

(69) *Poesía juglaresca*, pág. 338.

(70) *El concepto de España en la Edad Media*, cap. III.

son francamente extraordinarios y ponen de manifiesto el valor de ese concepto historiográfico para entender esa Historia española, al iluminar algunos aspectos decisivos de la misma. El propio Menéndez Pidal cita una serie de ejemplos del mayor interés. Uno de ellos, entre los que muestran curiosa relación con ciertas condiciones de nuestro pasado común, es el caso del latín vulgar. Ese latín vulgar, a diferencia del bajo latín, vivió en toda la Romanía en estado latente. Nadie lo escribió porque era una lengua bárbara y ruda y porque empleaba sonidos que no se podían representar con el alfabeto del latín culto y con sus reglas gramaticales. Y sin embargo, ese latín deducido por la filología en consideración a la evolución de las lenguas románicas, existió y se nos ha revelado en escrituras del reino de León, mostrando la fuerza de la cultura vulgar y, a la vez, ciertos elementos de arcaísmo (71).

Otros muchos ejemplos reúne M. Pidal en apoyo de su «teoría» que además del interés general que en relación con ésta tienen, son dignos de ser tenidos en cuenta en otros aspectos particulares de la Historia española. Aparte los de carácter lexicográfico —de oculación multiseccular de vocablos prerromanos olvidados que siglos después reaparecen—, hay otros más elocuentes aún, con referencia al fondo hispánico. Eminente es el caso de los romances tradicionales, un uso social literario que se mantuvo en estado latente durante siglos, y cuya existencia ni Durán, ni Amador de los Ríos ni M. Pelayo, todavía en 1900, sospechaban, siendo así que es un producto hispánico conservado en todo el ámbito en que se habla

(71) En los siglos X y XI, cuando el renacimiento cultural que en esa época se inicia ha eliminado el latín vulgar, consérvase éste en León. Si notarios francos de los siglos VII a IX dejan escapar alguna manifestación de aquél, las usan todavía dos siglos después los notarios leoneses arcaizantes, probablemente de procedencia mozárabe y, por tanto, de país en el que la cultura árabe había estancado las viejas formas de la lengua hablada en tiempos de la invasión. «Este latín leonés es, por lo tanto, una preciosa supervivencia del latín hablado en la más alta Edad Media, allá en los siglos V o VI, cuando empezaban a formarse los romances.» Desde fines del XI decae y llega a desaparecer. «Pero ese latín vulgar arcaico, si desapareció de la escritura para siempre, continuó ejerciendo influencia en el habla romance, manifestándose restos suyos abundantes en muchos semicultismos de los antiguos monumentos literarios conservados de los siglos XII y XIII» —así en el *Auto de los Reyes Magos*, en BERCEO, en ALFONSO X (*Orígenes del español*, págs. 478-485)—.

español (72). También la lírica primitiva permaneció durante muchos siglos en estado de latencia insuperada, hasta que hace escasos años se descubrieron las cancioncillas de una lírica mozárabe. Luego nos volveremos a referir a este hecho muy particular de nuestra Historia (73). Con estas *jarchyas* mozárabes se ha venido a descubrir otro fenómeno de latencia: Los que habían estudiado la canción popular española creían que la cuarteta octosilábica, con rima asonante o consonante sólo en los versos segundo y cuarto, que en toda la Península es la forma más genuina de aquella canción, era una forma que no aparecía hasta el siglo XVI, y ahora se descubre en el XII y se nos muestra en estado latente durante tan largo tiempo (74). Y junto a estos ejemplos hay que añadir el de algunas costumbres sociales y jurídicas visigodas que conservadas latentemente reaparecen muy avanzada la Edad Media (75).

De ese fondo de visigotismo que como «realidad latente» actúa condicionando nuestra Historia procede el uso social, y aún podríamos decir político, de la épica (76). La tesis de Menéndez Pidal es

(72) *Romancero Hispánico, Teoría e Historia*, Madrid, 1953, y *Cómo vive un romance*, en colaboración con CATALÁN Y GALMÉS, ya cit. Ahora, además, ver el estudio del propio MENÉNDEZ PIDAL: *Le romancero et l'épique latent de la poésie épique*, ya cit.

(73) *Poesía juglaresca*, págs. 339 y ss., y *Cantos románicos andalusíes*, ya citado.

(74) «Ahora nos sale al paso, nada menos que a comienzos del siglo XII, una auténtica copla popular, octosilaba asonantada, idéntica en su forma a las que hoy resuenan de continuo en toda España y sirven para la incesante efusión lírica popular, desde Andalucía a Asturias, desde Cataluña y Aragón hasta Galicia y Portugal. Sabemos ahora de cierto que la copla octosilaba vivió ignorada de todos los eruditos, por ser mirada como muy vulgar; vivió en estado latente desde tiempo inmemorial, hasta que en el siglo XII un insigne poeta hebreo, Judá Ha Leví, nos salvó del olvido eterno una muestra.» Con este descubrimiento, la otra muestra que el mismo PIDAL había hallado en el Cancionero Musical de Palacio, fechada en 1430, cobra una interesante significación de lazo intermedio en una cadena multiseccular. Ver *Cantos románicos andalusíes*, pág. 100.

(75) *Los godos y la epopeya española*, págs. 34-35.

(76) El carácter político se comprueba en fecha muy avanzada, respecto a una más moderna derivación de la epopeya, es a saber, los romances. Todavía Enrique IV manda componer romances para ser cantados ante el pueblo, sobre la nueva entrada en Granada en 1462. Y en la época de los Reyes Católicos, poetas cortesanos componen romances para noticiar al pueblo la victoria de Toro, la rendición de Setenil o de Ronda etcétera, etc.

«que ni en la literatura latina clásica ni en la medieval no hay nada de donde pudiera proceder ese género de poesía historial cantada, ese género épico de los cantares de gesta, y que la única explicación razonable consiste en enlazarlo directamente con los cantos historiales de los pueblos germanos, que sabemos con certeza haberse continuado en la Hispania visigoda y en la Galia merovingia y carolingia» (77). Sobre la base de un texto de San Isidoro, perfectamente ajustado a su tesis, contenido en el pequeño tratado pedagógico, «*Institutionum disciplinae*», texto en el que se recomienda hacer escuchar a los jóvenes los *carmina maiorum* —*quibus auditores provocati ad gloriam excitentur*—, sostiene M. Pidal, relacionando ese dato con la supervivencia de leyendas godas atestigüadas por Jordanes, «que son éstas residuos de una mayor producción, hoy perdida, de las que representan algún eslabón aislado de una cadena tradicional». «Representa el trabajo de innumerables cantores, unos en lengua gótica, otros en los varios dialectos hispano-románicos; representa incontables creaciones individuales, unas felices, otras desafortunadas, supone, en fin, un estado poético perdurable en torno a un tema dado» (78). Ese «estado poético perdurable» es, sin duda, una de las maneras de presentarse el proceso de formación del destino común de un pueblo.

Los godos, en el oriente de Europa, poseían cantos épicos que entonaban los guerreros o se cantaban ante ellos, según testimonio de Jordanes y otros. Esos cantos historiales, de multiseccular tradición, se conservan por el pueblo godo en Occidente, y cada grupo germánico aparece cultivando el recuerdo y la exaltación épica de héroes propios — interesante momento éste de la parcelación de la epopeya entre los pueblos europeos.— Los datos sobre los godos, precisamente, son escasos; pero basta el texto de San Isidoro sobre esos «*carmina maiorum*», que se hacían aprender a los jóvenes para su educación (prueba interesante de la fuerza configurativa política de la epopeya). De ahí, la continuidad del mito goticista entre nosotros, y su vigorización con posterioridad a la invasión musulmana. Ello dará lugar a que en los siglos X, XI y XII aparezcan sentimientos y costumbres, mitos y leyendas, manifestaciones de cultura de carácter germánico que habían permanecido en estado latente. Apoyan esta interpretación algunos datos muy

(77) *Los godos y la epopeya española*, pág. 39.

(78) *Poesía juglaresca*, pág. 251.

concretos, tales como la perduración de la leyenda del rey Rodrigo, la presencia en la España medieval de la leyenda de Walter de Aquitania, y la tan singular de la liberación del pueblo por el precio de un caballo, que, presente en la *Historia* de Jordanes, es utilizada tadjamente por el poeta del cantar de Fernán González (79).

Por todo ello, es posible afirmar, de un lado, que, en España, «la épica latente anterior al siglo XII no es mera hipótesis, sino una realidad imperiosamente inducida de muy varios hechos concordantes entre sí» (80). Pero, por otra parte, M. Pidal ha demostrado cómo, en nuestra Historia, esa épica continúa después de los siglos XII y XIII, y transvasada su sustancia y con ella su capacidad cohesiva en otros géneros literarios llega al teatro nacional de Juan de la Cueva y de Lope Vega. Y todavía fueron utilizados abundantemente elementos suyos en la revolución literaria y política del Romanticismo (81).

V. POESÍA E HISTORIA

La tesis de la continuidad de la épica española ha permitido a Menéndez Pidal, por de pronto, resultados valiosos en el plano de la Historia literaria, llevándole al descubrimiento y parcial restauración de antiguos cantares: el de «*La Condesa traidora*», sobre las desgracias del conde Garci-Fernández; el del «*Infante García*», último vástago de la Casa Condal castellana; el de «*Los Infantes de Salas*» —cuyo texto ha reconstruido en su forma originaria, en gran parte—; el de «*Fernando I, par de Emperador*» (82); el del «*Abad Juan de Montemayor*» (83), etc.

(79) Un resumen de la polémica suscitada sobre este tema puede verse en el trabajo de nuestro eminente medievalista RAMÓN DE ABADAL: *A propos du legs visigothique en Espagne, Settimane di studio del Centro italiano sull'alto medioevo*, Spoleto, 1958.

(80) *Reliquias de la poesía épica española*, pág. XXII.

(81) *La epopeya castellana a través de la literatura española*, Buenos Aires, 1945, capt. VII.

(82) Si la obra de M. PIDAL, con su primer libro, se inició precisamente con esta labor, hace pocos años ha podido reunir en un grueso volumen parte de los resultados conseguidos en ese campo. Es el titulado *Reliquias de la poesía épica española*, al que nos venimos refiriendo con frecuencia.

(83) Ver *La leyenda del Abad don Juan Montemayor*, en «Historia y

Con estas investigaciones, ha cobrado una amplitud mayor y un pleno sentido un hecho que, ya desde 1890, con motivo de una notable antología publicada por A. Restori, resultaba claramente observable; hecho, sin embargo, que no ha llegado a ser visto en su verdadera significación hasta las teorías de M. Pidal. Publicó en el citado año Restori una antología de la literatura española en la que, cifrándose a la gesta del Cid, reunía textos de todos los siglos y de todos los géneros. Después M. Pidal hizo algo parecido con la leyenda del rey Rodrigo, en cuyo hilo pudo ensartar obras de todas las épocas y tendencias; y algo semejante observaba Morf que podía llevarse a cabo con la leyenda de los Infantes de Salas (84).

Todo ello es cierto que, de una parte, pone de relieve que la épica española tiene un desarrollo mucho más retardado que la francesa, y permite afirmar el carácter popular y arcaizante de la juglaría española (85). Pero, a la vez, nos aclara otro aspecto de la vida común española: en ésta, los motivos épicos parecen conservar mucho más largamente su vigencia, porque el estado de integración de la comunidad, dada su condición periférica en el conjunto europeo, ha permanecido siempre inestable y en pugna con factores adversos, manifestando una capacidad constante y siempre renovada de solidaridad en un destino. A la epopeya ha correspondido un papel de aglutinante, con el que ha cumplido a través de múltiples metamorfosis, en las cuales, sin embargo, se ha conservado siempre un sentido político que aún antes de hora, podemos llamar nacional (86).

Epopeya», 1934: reproducida en el vol. *Poesía árabe y poesía europea*. Se trata, según el autor, de un cantar de gesta, de cuyos restos, tal como se conservan en un tardío relato novelesco, puede inducirse que tal poema «abundaba en las ideas, usos e inspiraciones de la poesía heroica castellana», ver ed. cit., pág. 182 (insistimos sobre los aspectos de Historia del pensamiento que ocupan también a MIRAMÉNDEZ PIDAL en esta investigación).

(84) *Problemas de poesía épica*, págs. 83 y sigs. Ver «Rodrigo, el último godo» en *Clásicos Castellanos*, núms. 62, 71, 84, y *El rey Rodrigo en la literatura*, en B. R. A. E., XI, 1924, págs. 168 y sigs.

(85) *La Chanson de Roland*, pág. 24, y *Poesía juglaresca*, pág. 381.

(86) La línea de esta función histórica puede verse en *La epopeya castellana a través de la literatura española*, que ya hemos citado. La primera versión de esta obra, construída ya con las piezas esenciales del pensamiento histórico de M. PIDAL, fué una serie de conferencias en la «John's Hopkins University» de Pensylvania, en 1909, traducidas luego al francés por H. MIRAMÉNÉ y publicadas en París, 1910.

A estos sentimientos de la epopeya se debe su utilización abundante en las primeras obras que responden a una concepción política de Hispania, esto es, en las Crónicas del ciclo de Alfonso III, como también posteriormente en las grandes Crónicas latinas de Lucas de Tuy y Rodrigo Jiménez de Rada; pero sobre todo en la primera Historia de España propiamente tal, en la Crónica General de Alfonso X.

La epopeya dió a la Crónica, en virtud del verismo a que aquélla se atiene —aunque sólo sea en la forma que ya antes explicamos—, una gran masa de materia historiable; pero sobre todo le dió una concepción política de su objeto, como historia de una comunidad, que fué decisiva en el desarrollo del género. A ello se debe que España ofrezca las primeras manifestaciones de una Historia nacional, antes que en los otros países europeos, y en forma que todavía sorprendía a historiadores franceses del siglo XV (87). Epopeya y Crónica tienen siempre un estrecho parentesco, pero en España esa relación es aún más próxima y se mantiene más largo tiempo. «Desde los comienzos de la Edad Media coexisten dos escuelas historiográficas que trabajan regularmente la una al lado de la otra: la de los juglares para la gente lega y la de los cronistas para los clérigos y doctos» (88). La Historia española debe a estos últimos muchos datos eruditos, mucho material culto sobre el concepto de España (89); pero debe a los primeros la difusión popular del sentimiento hispánico y de aquellos otros sentimientos que han cooperado históricamente en la coagulación de un núcleo de vida común.

Relatos juglarescos en los que se tratan ya temas del siglo VIII y a los que se van añadiendo otros contemporáneos, aparecen en las Crónicas primitivas, como en la *Albendense* y la de *Alfonso III*. —así la traición del Conde Julián, la rebelión de Pelayo, etc.—. En la *Crónica pseudo-Isidoriana* que un mozárabe escribió en Toledo, entre los siglos X y XI, en la *Crónica Silense*, en la *Najevense* y otras, esos relatos se van ampliando. En 1236, el obispo don Lu-

(87) Tal es el testimonio de JEAN GOULAIN, que tradujo al francés la Crónica universal de GONZALO DE HINOJOSA. Ver CIROT: *Les Histoires générales d'Espagne entre Alphonse X et Philippe II*. Burdeos, París, 1905; páginas 13 y 19.

(88) *Poesía juglaresca*, págs. 240 y ss.

(89) Ver mi obra *El concepto de España en la Edad Media*, capítulo I: «España como objeto historiográfico.»

cas de Tuy terminó su *Crónica*, que le encargará escribir la reina Berenguela, madre de Fernando el Santo, y en su prosa latina, con mucha mayor extensión de lo que hasta entonces se había hecho, inserta nuevos relatos juglarescos de tradición heroica, como el de Bernardo del Carpio y algunos más (90). Desde entonces, será ese un elemento que entre en la composición de la gran historiografía española de la baja Edad Media, que, como hemos dicho, es la más nacional de todas las de ese momento europeo. Cuando en el siglo XIII se extinga la que M. Pidal llama época heroica, expresada en la poesía juglaresca, narrativa y noticiara de los cantares de gesta, en España se habrá asegurado su continuidad, bajo nuevas formas, no sólo literarias, sino políticas, que inspiran las crónicas de la nueva edad.

En ese momento crítico a que nos referimos, Alfonso X representa, como dice M. Pidal, «la nacionalización de la epopeya y de la historia». Al utilizar en medida amplísima, por nadie igualada, las narraciones de la vieja épica, Alfonso X supera, a la par que la sequedad de estilo de la crónica primitiva, las limitaciones del concepto historiográfico a que ésta respondía. Alcanza con ello, por primera vez en Europa, un nuevo concepto general de historia patria, de tal modo que su obra «se agranda con las proporciones que confiere la realización de las magnas empresas constitutivas de un pueblo» (91). M. Pidal, en sus estudios sobre la *Crónica* de Alfonso X, no sólo fijó la interna estructura de la obra, no sólo analizó sus fuentes antiguas y medievales, y llevó a cabo una clasificación de los manuscritos conservados, sino que mostró las corrientes históricas de pensamiento a que responde la producción alfonsina e hizo ver cómo la introducción de relatos tomados de la épica sobre personajes que no fueron reyes —únicos de los que hasta entonces se había ocupado la historiografía oficial— creó y difundió en obras posteriores toda una galería de héroes hispánicos, dotados de fuerza mítica, que han tenido un gran valor como factores de integración comunitaria (92).

(90) Sobre la formación de esta leyenda heroica de tan neto carácter hispánico, R. DE ABADAL, señala un posible origen catalán.

(91) «Alfonso X y las leyendas heroicas», en el vol. *De primitiva lírica española y antigua épica*, págs. 52 y 69.

(92) «La Crónica general de España que mandó componer Alfonso el Sabio», discurso de recepción en la R. A. H., 1916, recogido en el volumen *Estudios literarios*, pág. 158.

A partir de ese momento, la *Crónica* adquiere el carácter tradicional de la epopeya, al desaparecer esta última. Es esa una muy peculiar condición de la historiografía hispana. Se presenta entonces el fenómeno de la anonimía y se desarrolla una intensa actividad refundidora, que muestra el profundo arraigo y la popular difusión en la vida colectiva y coetánea, de las *Crónicas españolas* del siglo XIV —carácter que no sólo se da en las *Crónicas castellanas*, sino, advirtámoslo, aunque no sea más que de paso, en las catalanas, entre las cuales destacan las versiones, refundiciones e influencias de la *Crónica del Toledano* (93). Con razón dice Menéndez Pidal: «La *Crónica de España* se hace tradicional» y dado su íntimo parentesco con la épica se comprende que recoja y prosifique tan abundantemente los cantares de gesta. A ello se liga y a la vez de ello depende «la intensa popularidad y tradicionalidad de las *Crónicas generales*, que dura todo el siglo XIV y parte del XV» (94). De aquí que esa relación que se observa entre Historia y épica, se dé también, intensamente, con el nuevo género literario en que esa épica da sus últimos destellos, los romances. Como muy tempranamente fueron utilizados los cantares, al difundirse ahora esas breves creaciones épico-líricas del romancero, se incorporan también éstas al texto de las *Crónicas*. La primera vez que se hace esto es en la «*Crónica de Juan II*», de Alvar García de Santamaría, proceder que luego se repite en otros muchos textos cronísticos (95).

El carácter tradicional de la *Crónica de España* la convierte en obra de toda la comunidad y para toda la comunidad. «La historiografía total de España, tal como la planeó Castilla en el siglo XIII, gracias a la obra latina del sabio arzobispo Toledano y al plan en lengua vulgar concebido por Alfonso X, había alcanzado un alto valor de universalidad, que repercute en todos los ámbitos de la Península, pero sólo ahora, en el siglo XIV, toman parte en su desarrollo todos los pueblos hispánicos, produciendo este admirable latido de tradicionalidad que anima las *crónicas*, y que siendo

(93) Ver mi obra ya citada, *El concepto de España en la Edad Media*, páginas 30 y ss., y las referencias en ella a los trabajos de SÁNCHEZ ALONSO, MASSÓ TORRENTS, COLL ALENTORN, BARRAU-DIEGHO, RUBÍ BALAGUER, etcétera.

(94) *Reliquia de la poesía épica española*, págs. LXII y LXIII.

(95) *Poesía juglaresca*, pág. 330.

efecto de animada y profunda unidad cultural, es a la vez una de las causas que contribuyen a la gran expansión de la influencia castellana a fines del siglo XV» (96).

VI. DESCUBRIMIENTO DE ESPAÑA

Hemos de reconocer que a Menéndez Pidal le debemos hoy los españoles, entre otras cosas, sencillamente, una nueva Historia de España. Una nueva Historia, en primer lugar, por la renovación historiográfica que la realización de su obra ha traído consigo, aportando nuevos e importantísimos materiales, planteando nuevos problemas, y, sobre todo, proyectando sobre ellos la luz de nuevas teorías que nos han permitido comprenderlos de modo mucho más razonable y sistemático. Ejemplo de ello es lo sucedido con la idea de Reconquista, desprestigiada en manos de los historiadores precedentes, rechazada por Menéndez Pelayo y tantos otros, pero que en la construcción pidaliana reaparece como la única idea capaz de permitirnos comprender nuestros siglos medievales.

Junto a lo dicho, la innovación traída por la obra de Menéndez Pidal afecta a una nueva visión de la Historia en su función de integradora de la comunidad, según llevamos ya repetido. En este aspecto la lección de Menéndez Pidal es particularmente fecunda. Él ha enfocado el problema de la conexión individuo-grupo en el plano de la poesía, de la literatura, de la lengua, y nos permite contemplar bajo aspectos no considerados habitualmente el gran tema sociológico y político de Europa en las últimas décadas. La aproximación de las conclusiones de Menéndez Pidal a los puntos de vista de la sociología fué señalada hace unos años por Angel Ferrari. Sin duda, tenía ya presente esta orientación de la obra pidaliana, Ortega, cuando un día, en momento en que la acción de fuerzas corrosivas sobre el país se había hecho particularmente virulenta, me hablaba de que tenía puesta una gran esperanza en la aparición de la monumental *Historia de España* que por entonces empezaba a publicarse bajo la dirección de aquél. Merced a ese esfuerzo que nuestra escuela histórica iba a llevar a cabo, guiada por su gran maestro, se pondría en claro ante las gentes una línea histórica española dotada de sentido y capaz, a su vez, de darlo a los progra-

(96) *Reliquias de la poesía épica*, pág. LXIV.

mas de futuro que los españoles, o por lo menos aquellos españoles necesitados de un esquema intelectual para organizar su existencia, formularan.

A una necesidad así respondieron los dos famosos prólogos en cabeza de los volúmenes dedicados a la España romana y a la España visigoda. Esta obra colectiva de la *Historia de España* no pudo seguir, por lo menos, en la forma y ritmo previstos, pero independientemente de ello y a través de los miles de páginas escritas hasta hoy por Menéndez Pidal, la construcción de una línea interpretativa de nuestro pasado común se ha llevado adelante. Ahora es posible contemplarla con cierta unidad externa merced a los volúmenes en que, bajo el título de *España y su Historia* se han agrupado una serie de trabajos, íntegra o fragmentariamente recogidos, de tan egregio maestro (97).

Cuando con motivo de la aparición del tomo de la *España visigoda* con uno de esos memorables prólogos de Menéndez Pidal, dediqué un comentario al acontecimiento en *La Nación*, de Buenos Aires, lo titulé nada menos que de esta manera: *Descubrimiento de España*, porque lo cierto es que, de una parte, el método de investigación practicado por el autor, y de otra, la teoría esclarecedora con que ilumina el objeto alcanzado por sus pesquisas, hacen aparecer ante nosotros una nueva realidad histórica de España, esto es, un nuevo pasado condicionante y estimulador de futuras y nobles posibilidades españolas.

Nuevas capas de la realidad española, nuevos perfiles del « modo de sentir y de pensar » configurado en los siglos pasados, se ponen de manifiesto ante nosotros por obra de Menéndez Pidal. De la misma manera que éste ha sacado a luz cantares de gesta desconocidos antes, o ha intuído la existencia de una primitiva lírica española antes de que fuera descubierta, o ha reconstruído fases de la lengua española que nadie había tenido en cuenta, una labor análoga ha venido a ser realizada por él, en definitiva, sobre la misma Historia de España en su línea total. Hay un ejemplo elocuente: su estudio sobre los *Orígenes del Español*, a la par que unas etapas antes no reconocidas de nuestra lengua, nos aclara, ligada a la de aquéllas, la existencia de unas fases de nuestra Historia medieval, que a partir de ese momento han salido para nosotros de su estado

(97) Madrid, 1959.

latente; de su oculta realidad no sospechada antes (98). Tal es también el caso de sus estudios sobre la «idea imperial hispánica», como hilo en que se enhebran nuestros siglos de alta Edad Media (99).

Al poner de manifiesto capas profundas de realidad española, M. Pidal ha enriquecido y dado mayor complejidad a nuestra visión de ésta y a nuestra propia realidad actual de españoles del siglo XX. Como una reacción contra la interpretación a la que tendía la generación del 98, venciendo la estrechez del panorama heredado, se afirma la tesis de Menéndez Pidal: España no es una creación de Castilla (100). Existe antes de que Castilla tome una posición preponderante, como idea en la que se va expresando la totalidad de un grupo humano, que con decisivos elementos comunes habita en la Península. Es como una compleja y rica trama a través de la cual, a partir de un momento dado históricamente, cumple su función de urdimbre la idea hispánica.

En rigurosos estudios de toponimia y onomástica, ha contribuido M. Pidal a esclarecer la base étnica ibérica en la Península, con sus dos diferentes dialectos: oriental y occidental. Ha estudiado sus relaciones con otros elementos de población, cuyo análisis le ha llevado a señalar la presencia de celtas en la Carpetania —descubriendo en ella un sustrato con el que se relacionaría la etimología de Madrid. También las manifestaciones de una acción sustratística, cuyos efectos se observan en el área occidental mediterránea, le llevan a replantear el tema de los ligures o ambrones en la Península. Y observa en partes de ésta, finalmente, unas etapas del proceso de romanización, última de las cuales sería la acción de castellanización que en plena Edad Media se ejerce sobre zonas

(98) Ver especialmente la parte tercera de esta obra, págs. 434 a 574.

(99) Si E. MAYER y otros hablaron ya hace tiempo de esta «idea» histórico-política, fué M. PIDAL quien la convirtió en pieza que articula nuestra Historia medieval. Ver *El Imperio Hispánico y los cinco reinos*. Madrid, 1950. En esta típica producción pidaliana de Historia del pensamiento, su autor define en los siguientes términos su punto de vista: «Tarea ardua de la historiografía moderna ha de ser, después de tan seculares olvidos, el sacar a luz los principios políticos que regían esos primeros tiempos», pág. 10.

(100) *La España del Cid*, págs. 71-73.

cántabro-pirenaicas (101). Pero de todo ello no saca M. Pidal, apresurada y fantasiosamente la formulación de determinantes de nuestro destino, sino la crítica de datos que manejará después, en límites muy precisos, dentro de su construcción.

En análoga actitud de medida y contención se ha enfrentado Menéndez Pidal con otros aspectos de nuestra Historia; o dicho más rigurosamente, se ha enfrentado con ésta en la misma actitud científica. Porque ciencia supone necesariamente prudencia en el manejo de los datos, juiciosa ponderación en la utilización de los mismos. Tal ha sido su ejemplo en el problema del elemento islámico en nuestra Edad Media, hoy en algunos casos, tan arbitrariamente desorbitado. M. Pidal que tanto ha estudiado nuestra relación con Europa, sintiéndose atraído a ello como romanista llenó de saber germánico, que tanto y tan claramente ha mostrado en muchos aspectos el papel histórico de los godos, se levanta en muchos de sus trabajos contra el prejuicio antiárabe de muchos historiadores y niega toda tesis de incomunicación o impermeabilidad entre los dos mundos, exponiendo reiteradamente cómo la canción lírica, el género literario del cuento y la ciencia se transmiten a Europa desde el Islam español (102).

Pero esto no le hace caer en absurdo desorden y desproporción al tratar de aquilatar la realidad histórica española y no se le ocurrirá suponer que el ejemplo de un uso lingüístico, limitadísimo y trivial, o un solo verso entre miles de un poeta emparentado con todo lo europeo, ponga ante los ojos de los demás la más íntima estructura espiritual y religiosa del pueblo en forma insuperable. Menéndez Pidal considera plenamente como un europeo, ligado en cuanto tal a la línea juglaresca y culta medieval, al Arcipreste de Hita, a pesar de que escriba cantigas de arábigo. Nadie como este ejemplar maestro que es M. Pidal se ve hoy libre de la inadmisibile tendencia a explicarlo todo por una pretendida «peculiaridad» española. El, es cierto, ha señalado muchas diferencias específicas y características que se dan en los fenómenos

(101) *Toponimia prerrománica hispánica*. Madrid, 1952.

(102) Ver «La canción andaluza entre los mozárbes de hace un milenio» y «España y la introducción de la ciencia árabe en Occidente», ambos publicados en el vol. *España, eslabón entre la Cristianidad y el Islam*, ya citado.

españoles; pero ha visto siempre en los italianos, franceses y aún alemanes e ingleses y hasta escandinavos, el área de aquéllos con los que hay que relacionar siempre nuestros datos para poder entenderlos y trazar con sentido su perfil conjunto.

Recordemos, antes de terminar, esta máxima suya: «Es preciso comprender la España antigua, no tangente, sino inscrita en el círculo histórico-occidental, dentro del cual ella vive y al cual ella eslabona con el otro gran círculo, el islámico» (103). Lo cual quiere decir que esa cultura española es sustancialmente una cultura cristiana occidental, —es decir, romano-germánica—, situada junto a la cultura islámica, cuya influencia en ciertos aspectos recibe y transmite; pero ella quiere decir, además, que al transmitir esa influencia, también es recibida por las otras culturas occidentales. Tiene plena razón M. Pidal cuando afirma «la Edad Media como época esencialmente cristiano-islámica» (104), en el sentido de que no sólo la hispánica, sino toda cultura europea no se entiende sin la referencia al Islam. Y si dentro de esto la española es una de las más relacionadas con ese otro mundo, ello no significa que, con mucha diferencia, no quede del lado de la cultura europea. M. Pidal llega a establecer una conclusión que debe tenerse muy en cuenta: es mucho más occidental la España del Norte que oriental la del Sur, ya que ni siquiera Al Andalus estuvo demasiado arabizado (105).

En este resultado histórico Castilla es un factor decisivo. Castilla se niega a ser un satélite del reino leonés, conservador del visigotismo arcaizante y asimilador del mozarabismo. Castilla, al tomar esta actitud, se orienta hacia el otro lado de la Península, y a través de su presencia en la Rioja y en tierras de Ribagorza, se aproxima a Navarra y al reino catalano-aragonés. M. Pidal ha hecho una observación de gran valor histórico al comentar las secas anotaciones en romance de las *Glosas Emilianense* y *Silense*: «Mientras los lectores o copistas de los códices procedentes de León, Sahagún, Zamora o Carrién, añaden al texto latino escolios en árabe, los códices de la Rioja o de Castilla inician otro uso, el de las glosas o traducciones intercalares en romance, y aún

(103) *La España del Cid*, pág. 62.

(104) *La España del Cid*, pág. 69.

(105) *Ob. cit.*, pág. 98.

alguna vez en vascuence, como vemos en nuestras *Glosas Emilianenses* y *Silenses*; es decir, que al lado del latín eclesiástico se tomaba en León como lengua supletoria otra lengua erudita, propia de la cultura mozárabe, mientras en la Rioja y en Castilla se tomaba como supletoria la lengua romance vulgar» (106).

Frente a la herencia que León había hecho suya, Castilla «surge como un pueblo innovador y de excepción» (107), tesis que M. Pidal desarrolla más tarde en su trabajo *Carácter originario de Castilla* (108). La repulsa del Fuero Juzgo para seguir un derecho fundado en las costumbres; la ruptura de la uniformidad lingüística mozárabe y la formación de un romance más apartado de la tradición, todo ello indica que en Castilla aparece un nuevo sentido de la vida social, en la que la fuerza de la tradicionalidad cambia de carácter y se desarrolla como apoyo de la libertad (los estudios sobre las tendencias de libertad democrática en Castilla pueden encontrar buena base en esta interpretación pidaliana). Y Menéndez Pidal hace resaltar una coincidencia interesante: Castilla y la Francia del norte, países con rico desenvolvimiento de la épica, con un preferente derecho consuetudinario, son los que en la Península hispánica o en el viejo territorio de las Galias hacen adoptar su romance como lengua literaria principal. (109).

Desarrollar el panorama histórico contenido en la obra de Menéndez Pidal no es tarea que podamos cumplir en estas páginas. Sobre Castilla, como sobre Cataluña, Navarra, el Sur andaluz, etcétera, ha escrito el maestro muchas y luminosas páginas, dándonos una visión tan nueva y tan clara que con razón ligamos a su nombre una nueva fase de nuestra historiografía y una nueva concepción histórica de España. Dado que, entre nosotros, se ha hecho frecuente en el último siglo la tendencia a llamar tradición a lo muerto y continuidad a la rutina, para que de tan mortal confusión puedan librarse las jóvenes generaciones de españoles

(106) *Orígenes del español*, pág. 515.

(107) Ob. cit., pág. 501.

(108) Publicado en la REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS núm. 12, páginas 382-408, y recogido en el vol. *Castilla, la tradición y el idioma*.

(109) Esta comprobación aparece por primera vez en *Orígenes del español*, pág. 501, y se reproduce en *La España del Cid*, págs. 102-104. ORTEGA, en su artículo sobre M. PIDAL, llamó la atención sobre su alcance sociológico-político.

que pretenden ejercer el noble ejercicio de pensar sobre su condición de tales, quizá no haya medio mejor que apoyarse en la sólida y bien moderna construcción de nuestra Historia, levantada por Menéndez Pidal, historiador actualísimo y vibrante como pocos.

JOSÉ ANTONIO MARAVALL

R É S U M É

Tout au long de l'oeuvre de Menéndez Pidal se développe explicitement une conception historiologique qui coïncide avec le niveau de la science de nos jours. Voilà pourquoi ceci est intéressant pour tous ceux qui s'occupent des sciences sociales et humaines. Menéndez Pidal soutient le caractère théorique et interprétatif de l'Histoire, et, en même temps qu'une méthode d'investigation, il a donné les bases d'une méthode de construction qu'il a largement appliquée et qui a fait intelligible une grande partie du passé espagnol, dont la compréhension avait fait peu de progrès avant l'oeuvre de Menéndez Pidal. Menéndez Pidal est arrivé à ses importantes découvertes en employant les exigences de cette méthode de construction. Par conséquent, il représente la supériorité définitive du positivisme, dont il a assimilé la rigueur critique et méthodologique.

L'Histoire, ainsi conçue par Menéndez Pidal, s'ouvre et se dirige chaque fois plus vers une forme d'Histoire moderne, l'Histoire de la pensée, dont les thèmes et les catégories préoccupent l'illustre maître de plus en plus. Ceci complète, sous des aspects nouveaux, la rénovation de l'Historiographie espagnole que représente Menéndez Pidal et qui a été exigée par celui-ci.

Pour mener l'investigation historique jusqu'au domaine des "façons de penser et de sentir", le grand maître espagnol se voit obligé à poser, sur des bases nouvelles, le problème de la relation entre l'individu et le groupe, du point de vue de l'Histoire en employant ce terme dans le sens du cours des événements. C'est la grande question de nos jours pour la Sociologie, la science politique, et l'Histoire. Menéndez Pidal la pose et l'examine systématiquement dans la poésie épique et subsidiairement dans le domaine de la langue et de la chronique — phénomènes de pro-

fonde signification sociale, dont l'analyse est d'un très grand intérêt—. Sa théorie du "pluri individualisme" — comme il l'a nommé récemment —, constitue un schéma valable pour les investigations qui se développent dans d'autres terrains, parcequ'il nous donne le sens de la structure des événements sociaux. Les "lois historiques" que Menéndez Pidal énonce, et comme lui-même fait remarquer, sont en vigueur partout. Ses concepts des catégories comme celui d'«état latent» qui actuellement se propage parmi les investigateurs européens, correspondent à une façon de penser très actuelle.

Le fécond ajustement des théories de Menéndez Pidal au matériel d'observation que fournissent l'Histoire de la Langue, de la Littérature, des Institutions, de la pensée politique et sociale, a permis de confirmer brillamment des hypothèses, formulées comme telles premièrement par Menéndez Pidal. Une fois construites par lui ces hypothèses, avec une logique interprétative parfaite, ont été découverts des documents qui confirment formellement celles-ci.

Enfin, la nouveauté de ces points de vue a conduit à une révision des thèses habituelles sur l'Histoire d'Espagne. Celle-ci se trouve profondément réformée dans ses points principaux. Une compréhension correcte est seulement possible grâce à des bases semblables à celles que propose Menéndez Pidal. Il a certainement montré les nombreuses différences spécifiques de phénomènes de notre Histoire, mais il nous a fait voir que seulement en les comparant avec ceux de l'Histoire des autres pays européens, il est possible de comprendre les témoignages espagnols et tracer correctement son caractère d'ensemble.

S U M M A R Y

Throughout Menéndez Pidal's work a historiological conception is explicitly developed and it coincides with the level of science in our time. From there comes its interest for those dedicated to the social and human sciences. Menéndez Pidal strengthens theoretical and interpretative character of History and together with a method of investigation he has given bases and has fully applied a method of construction which has made large parts of

the Spanish past intelligible, whereas its comprehension up until Pidal's work had made very little progress. It has been from the requirements of this method of construction through which Menéndez Pidal has reached his great discoveries. He represents, consequently, the definite surpassing of positivism, assimilating all critical and methodological rigour contained therein.

History, thus conceived by Menéndez Pidal, is opened and extended more and more towards the most modern History of thought, whose themes and categories continue to preoccupy in a more and more decisive way the great maestro's mind. This completes, in other aspects, the renovation of the Spanish Historiography that Menéndez Pidal represents and that he has critically demanded.

On taking the historical investigation further on into the field of the "ways of thinking and feeling", the great Spanish maestro has been compelled to set out, in its original form but upon new bases, the problem of the relations between individual and group in the field of History. It is the great question of our time for Sociology, political science, History. Menéndez Pidal brings forward and systematically studies this question in the epic field and consequently in the field of language and chronicle—phenomena of deep social significance, whose analysis is of great interest—. His theory of the "pluri-individualism"—as he has recently named it—, constitutes a valid scheme for the investigations that are developed in other parts, because it gives an account of social events. The "historical laws" that Menéndez Pidal enunciates, as he himself points out, have a general force. Their categorical concepts such as the "latent state"—that is today spread out among European investigators— respond to very present-day thinking.

The fertile adaptation of Menéndez Pidal's theories to the observations supplied by History of language, literature, institutions, political and sociological thought, has allowed hypotheses to have been brilliantly proved, initially formulated as such by Menéndez Pidal, until after having been constructed by him with perfect interpretative logic, documents have appeared that have given complete and final confirmation of those hypotheses.

Finally, the novelty of those points of view has led to a revision of the common theses on the History of Spain. In its

fundamental points, this History appears to be profoundly reformed. Its adequate comprehension is only possible on the bases that Menéndez Pidal proposes. He, certainly, has shown many specific differences as to the phenomena in our History, but has demonstrated that it is only possible to understand the Spanish historical facts and to trace with logic the entire profile, comparing them to the Historical facts of other European countries.

